

ESCENAS DE FAMILIA.



25 de Febrero de 1850.

Los niños mimados, copia del cuadro de Landseer.

TOMO VIII. 4



## NIÑOS MIMADOS.

Tratando de buscar una aplicación genuina al sentido del título que el autor plugo dar á su cuadro, es preciso incluir ó comprender en la clasificación de niños mimados á los tres personajes que figuran en él, la niña, la corza y el gatillo. Todos tres parecen colocados en esa condición escepcional de abundancia, placeres y libertad que comunmente justifican tal calificación. La niña compuestita y risueña parece no aquejarla otro cuidado que vagar libremente por el campo; coger yerba fresca para su corza ó convidarla con la leche sobrante de su merienda. Por su parte el lindo animalejo trisca y salta á su antojo acercándose para barbear con cierto desden el plato del que no comerá sino por gracia. El gatillo ostenta toda la viveza y descuido de su poco tiempo; echado sobre la yerba juega con la cinta de la corza tras la que corría ocasionando un contento inesplicable á su jóven ama que exige solo de sus comensales apetito, juegos y caricias.

Este asunto nada tiene de trivial, ni debe contribuir á parecerlo la frecuencia con que se nos ofrecen escenas de igual naturaleza, porque considerándolo despacio, nunca pueden ensalzarse bastante estas relaciones de los niños con los animales domésticos, humildes y pacientes inferiores. En su intimidad adquieren un primer aprendizaje de protección y confraternidad, un ejercicio de benevolencia que produce costumbres; adquieren instintos generosos y equitativos en la dulzura con que llegan á hacerse tratar esos animalejos que viven de nuestra existencia, que ocupan un lugar en nuestro ánimo y que amenizan, por decirlo así, el cuadro doméstico. De ellos tomamos ejemplo de paciencia, lealtad, agradecimiento, y nos inician para otra edad de la gran responsabilidad que pesa sobre nosotros cuando llegamos á estar encargados de la felicidad de nuestros semejantes. Los animales domésticos son el último eslabon de la familia, por el, recorreremos esa cadena de deberes y de alegrías íntimas que guía por sí misma á las alegrías y deberes públicos.

## EL PARIA.

### I.

#### INDOSTAN. PRODUCCIONES, USOS Y COSTUMBRES.

Me embarqué con ánimo de visitar las posesiones de la India inglesa, y despues de una larga y penosa travesía llegué á Chandernagor, ó *Fransdonga*, como la llaman los indos de esta comarca; y digo esta comarca, porque siendo numerosos sus dialectos modernos, podrá muy bien suceder aunque no creo, que le designen tambien con otro nombre. Ademas del *industany* y del *gudgeratty* que habla la generalidad poseen muchos locales, como son entre otros, el bengalés, cachemiro, dogora, koet, concanés, maruar, malvah, telinga, carnata, tamul, alto y bajo malayo etc. El sanscrito, lengua madre de aquel país, es hoy conocido tan solo de los brahmines eminentemente ilustrados y literatos.

Chandernagor ciudad de las posesiones francesas de la

provincia de Bengala á la márgen derecha del Hugli, uno de los brazos del Ganges, (1) en otro tiempo muy rica, es hoy casi insignificante por su comercio que consiste en solo la exportación de tres ó cuatrocientas cajas de ópio, por su población que no escede de siete ú ocho mil habitantes, por lo ruinoso de sus fortificaciones, en suma, por su estado de desastrosa decadencia. Una hora me bastó para conocer esta ciudad tan completamente como si hubiera pernoctado en ella toda mi vida.

Una vez en el país que me proponia visitar y estudiar, di como cosa precisa, en discurrir y organizar el itinerario de mi expedición. Pensé primero dirigirme á la ciudad de Jaggatnatha ó Jaggernat, situada entre Calcuta y Pondichery, y pernoctar en su territorio sagrado, para considerar sus cincuenta pagodas, y de las cincuenta, la principal en que se venera la terrible y burlesca estatua de Jaggernat (2) servida por cuatro mil familias de brahmines; pero desistí de este propósito por temor, á la verdad, de encontrarme por acaso con el carro del dios, no fuera que entrase en tentación algun devoto brahmin de empujarme caritativamente bajo sus diez y seis ruedas (3) con el santo y piadoso fin de enviar directamente mi alma al seno de Brahma; en seguida recordé que estaba nada mas que ciento setenta leguas de Benarés, ¡de Benarés la santa! ¡Benarés, la capital del brahminismo! ¡Benarés que reúne y alberga todo lo mas escogido de las supersticiones de la India! Benarés, en fin, construida sobre las puntas del tridente de Schiva (4). Por mi alma, dije para mí, á Benarés voy.

Casi es escusado advertir que Benarés pertenece á la provincia de Allahabad y que se halla situada en las fértiles riberas del Ganges. Sus calles son estrechas, tortuosas y lóbregas; pero no es obstáculo de gran importancia para recorrer la ciudad, puesto que puede hacerse por los techos formados de espaciosas azoteas, que comunican entre sí de casa á casa, merced á elegantes enrejados ó arcos, si hay de por medio alguna calle.

Benarés es en punto á veneración entre los indos, lo que la Meca entre los musulmanes. Continuamente acuden bandas numerosas de peregrinos que llegan para adorar en la pagoda (5) llamada *Vischichor*, la piedra negra cilindrica que

(1) El Ganges es uno de los rios mas magníficos del universo; tiene su origen en los montes mas elevados de Himalaya, de donde desciende impetuosamente á la llanura mas bella y rica del mundo, desembocando en el golfo de Bengala cerca de Calcuta, despues de recorrer seiscientas leguas de camino. Su anchura casi continúa, es de dos leguas y su profundidad de 60 pies. Reúnenese varios otros rios, algunos tan caudalosos como el Rhin, y de inundaciones periódicas como el Nilo, que contribuyen en gran manera á la extraordinaria fertilidad de aquellas comarcas. Ademas no hay nadie que ignore que sus aguas pasan por sagradas entre los indos que las consideran privilegiadas para lavar todos los pecados del alma.

(2) Dios del mundo.

(3) Este gran rulo ó carro de diez y seis ruedas conduce la estatua del dios colocada entre la de Boloram su padre y la de Sabudra su hermana. Cuando los sacan en procesion hay fanáticos que consignan hacer el sacrificio de su vida al idolo, lo cual practican echándose boca abajo delante del carro para que los aplasten sus ruedas. Esta bárbara superstición que hacia muy frecuentes estos actos de fanatismo, va desapareciendo, sin embargo de que segun las publicaciones de algunos viajeros todavia hace pocos años han tenido ocasion de presenciar algunos ejemplares.

(4) Dios de la destrucción.

(5) La palabra pagoda significa templo.



designan los indos con el nombre de *Sib* ó *Mahadeva*; es decir, el gran Dios, el Dios por excelencia. En el interior se venera una bellísima escultura de madera, que bajo la figura de un toro representa un dios, y los brahmines cuidan en el pórtico del templo uno de estos animales, á quien mantienen con esmero y tratan con respeto. Este afortunado pupilo es conocido y designado con el nombre de *toro brahmina*; es mas pequeño que los bueyes de nuestros campos, y se distingue esencialmente por lo desarrollado de su giba en el lomo, por sus astas cortas, por sus orejas lacias y por la considerable porción de pellejos que forman sus marmellas. El cuarto trasero se halla marcado con un símbolo que le caracteriza, como consagrado especialmente á Schiva. Debe este honor singular á *Nandi*, buey de su raza y corcel que ha escogido el dios cuando se digna bajar á dar un paseo por la tierra.

Muchos rajaeds y particulares opulentos han enriquecido la ciudad que consta de 200,000 habitantes, con pagodas suntuosas adornadas de espaciosas graderías que comunican con el Ganges para mayor comodidad de los que tienen que practicar abluciones.

Por lo tanto, una vez tomado en cuenta todo lo espresado no vacilé mas en adoptar una determinación: he visitado á Roma; he estado en Jerusalem y en la Meca; mi partido pues debía ser marchar á Benarés; de este modo habré pernoctado en todas las ciudades santas del mundo.

Al punto, pues, traté de investigar los medios de viajar mas cómodamente. Podía embarcarme en uno de los innumerables barquichuelos cargados de mercancías que bajan de Benarés á Calcuta y que en seguida regresan por Pattnaa á la ciudad santa, montando el Hugli y el Ganges; pero no me satisfacían demasiado aquellos *masuli* (barquillas) construidas á la ligera; además que tengo poca afición á los cocodrilos que alimentan aquellos rios y mucho miedo de los tigres que pueblan los continuos islotes de que está sembrada su corriente. Por lo tanto decidí viajar por tierra, para cuyo intento podía escoger uno de dos medios de traslación: primero el *gari*, segundo el *palanquin*. El *gari* es una especie de caja de forma de templete ó de pagoda de reducidas dimensiones, cubierta ó guarnecida de cortinas y sustentada por un eje de dos ruedas enganchado á dos bueyes de giba. Estos están dotados de tan grande ligereza que siguen un caballo al galope y hacen hasta veinte leguas de jornada; los pintan las piernas, pechos y hasta la mitad del cuerpo de colores diversos, azul, rojo, verde, etc., y dan á sus astas formas caprichosas y raras que les hacen adquirir en su primer periodo de terneros. Este modo de viajar no me convenia tampoco, porque me persuadí sin mucho esfuerzo, de que aquella especie de carricoche no era otra cosa que un quebrantahuesos; en vista de su exámen renuncié servirme de tal vehiculo. (1)

El *palanquin* es como una litera entoldada y provista de almohadones que permiten sentarse ó echarse; el todo, mas ó menos rico y adornado segun el mayor ó menor precio de ajuste, se coloca sobre largos bambues, cuyos cabos conducen

(1) En las cercanías de Pondichery emplean una especie de coches tan incómodos como los que quedan descritos y que llaman *gadis*. Constan de cuatro ruedas, sobre las que insiste un pabellon ó dosel de terciopelo circunscrito por una balastrada dorada. Enganchan al tiro bueyes pintados de colores con astas doradas ó adornadas de anillos de oro. Los opulentos rajaeds viajan en magníficos *kudhas* bordados de colores y arrastrados por elefantes.

cinco ó seis hombres llamados *boes*. Estos marchan cantando para arreglar sus pasos á compás y caminan tan ligeros que cuando quieren hacen de jornada hasta dos leguas por hora. Este modo de viajar es muy cómodo y agradable, pero es preciso trasportar el equipaje en hombros de cargadores llamados *culis*, los cuales no se encargan de mayor peso de dos arrobas. De todo esto resulta que viajando así se lleva una comitiva de doce ó quince personas á quienes es fuerza mantener y pagar, reflexion que me hizo desistir de este propósito despues de inspeccionar detenidamente mi bolsillo.

Aun me quedaba el recurso de ir á caballo, pero necesitaba comprar tres caballos á lo menos, uno para el guia, y dos para el equipaje y para mi; así, pues, decidí en tren de verdadero naturalista, marchar á pie acompañado de un solo *culi* que pudiera servirme á la vez de guia y cargador. Puse sobre su cabeza mi pequeño hatillo, y no á la espalda, por que era de casta demasiado noble para esto, y partimos ambos como dos verdaderos peregrinos.

El ardiente sol de la India, se alzaba apenas por cima de las pedregosas crestas de Gates (1) cuando empezaba á recorrer el magnifico paisaje que se estiende en suave declive hasta las orillas del Hugli, uno de los infinitos brazos en que se divide el Ganges para desembocar en el golfo de Bengala. En otros tiempos estos campos admirables, cuna probablemente del género humano, estuvieron poblados de cultivadores industrioses y felices; pero desde la dominación árabe é inglesa, se han cubierto de bosques espesísimos habitados de animales feroces, y la esclavitud ha convertido los seres de su escasa poblacion en seres abyectos y estúpidos.

Un dia, aunque cerca ya de Pattnaa, entré en deseo, halagado por la frescura de la mañana, de internarme por una especie de alameda que se estendia delante de mi vista, y para no molestar á mi guia le mandé fuese á esperarme á *ut. tchauvadi* (2) dos ó tres leguas del sitio en que me hallaba. Despues, siguiendo un sendero trazado por búfalos salvajes, gané con intento de herborizar uno de aquellos bosques silenciosos creados por la devastacion de la conquista musulmana y cristiana, reflexionando la influencia que ejercen sobre las grandes obras de la naturaleza las incesantes revoluciones que afligen nuestra pobre humanidad.

En mi calidad de europeo y aun mas de naturalista, examinaba con el mayor interés aquella soberbia vegetacion única sobre la superficie del globo á escepcion de la del Brasil; veia el *ravapu* (3) cuyas flores semejantes al jazmin exalan el aroma mas suave, abrigado á la sombra del *teek* (4) de flores amarillas; la *cavalama* (5) de olor detestable, aunque de granos excelentes despues de preparados; el *manghas* (6)

(1) Montañas las mas altas de la India que se estienden desde el cabo Comorin hasta quinientas leguas hacia Cachemira. Separan el Coromandel del Malabar.

(2) El *techauvadi*, que los ingleses designan con el nombre *chultrias* ó *chultrias*, son unas especies de casernas ó paradores públicos construidos á costa de indos caritativos en sitios apartados entre los bosques y á la inmediacion de algun estanque para dar asilo á los viajeros. En ellos se encuentra abrigo, agua de arroz y algunas veces legumbres y leña.

(3) *Cadamba jasminiflora*, SONNERAT.

(4) *Uvaria longifolia*, SONNER.

(5) *Sterculia fatida*, SONNERAT.

(6) *Cerbera manghas*, LOIS.



de hojas semejantes al laurel, de flores grandes blancas tachonadas de carmesi, y de esquisito perfume; y el betel, el sapan, el mouad, árbol cuya madera respetan las hormigas blancas destructoras de todos los demas árboles; palmeras, guayavos, bananos, el casna, y en suma tantas soberbias producciones que, ademas de casi todas las europeas, nacen, crecen y se propagan con una fecundidad y un vigor desconocido en nuestros climas. Vejucos ó enredaderas de infinitos y brillantes matices, se alzaban de mil modos sobre mi cabeza formando espesísimas bovedas que costaba gran trabajo penetrar á los monos que acudían de lo mas alto de las cimas de los bambus y palmeras á mirarme con curiosidad infantil.

Entre estas caricaturas de hombres llamó mi atención particularmente el *hulman*, por ser uno de los mil cien millones de dioses de los indos, y que merced á la protección que les otorgan los brahmines se ha multiplicado prodigiosamente en todos los bosques de Coromandel y Bengala. Es muy pequeñito, de pelo rojo ceniciento, muy oscuro hacia el lomo, y muy claro casi anaranjado en el pecho; su cara y manos son negras y hé aquí porqué.

Hulman en otro tiempo era un *richi*, (santo), (1) célebre por su talento, su fuerza y agilidad. Un fruto muy esquisito, la *manga*, hoy día abundante en Indias, existía solo entonces en el jardín de un gigante feroz de Ceilan. Consagrando-



La caza del tigre.

se Hulman al bien de su patria, trató de apoderarse del fruto valido de su destreza y agilidad, y lo consiguió tan completamente, que estrajo algunos pies de árboles. El gigante en venganza le hizo arrojar en un brasero lleno de fuego, quedando desde entonces con las manos y la cara negra á consecuencia de tratar de apagarle para echarse fuera.

Pude también contemplar á mi gusto los *huloc*, el *mono de capuchon*, el *rilow* y el *kasi*. Estos últimos son traviesos y soberbios como todos los macacos, á cuya especie pertenecen, lo que no impide á los indos venerarlos mucho; creen que el alma de los sábios, es decir de los brahmines, pasa despues de la muerte al cuerpo de estos animales. Matar uno de estos bichos es delito que acarrea la última pena.

Ademas de la prodigiosa variedad de monos, habitan los bosques de la India gran cantidad de animales feroces, cien veces mas peligrosos; el tigre real, (1) la pantera mas pe-

queña, aunque mas feroz que el primero, habitante esclusivo de la India, su única patria por mas que algunos naturalistas la confundan con una ligera variedad del leopardo de Africa; el lobo tigre de cabeza de gato, manchas de pantera y patas de perro, y que saben los indos y persas utilizarlos en la caza de gacelas.

Entre los menos peligrosos hay que contar los elefantes, rinocerontes, búfalos salvajes, gacelas, ciervos, etc.

Preocupado con mis observaciones científicas no eché de ver que me habia estraviado; el calor era sofocante, y el cansancio y la sed me abrumaban; comencé á maldecir mi imprudencia; la profunda soledad que me rodeaba, hacia dar á mi imaginacion formas gigantescas á las historias de ladrones que me habian referido los del pais, de modo, que tanto temor me producía la posibilidad del encuentro de una fiera como el de un hombre. Los *tagh*, me habian dicho, son bandidos determinados que con dulces maneras halagan á

(1) Cuando los indos encuentran uno de estos terribles animales, no tratan de defenderse de ningún modo sino que permanecen inmóviles hasta que arrebatá á cualquiera de ellos y lo arrastra al bosque; entonces los demas esclaman tranquilamente: «El tigre

tiene que comer, ya podemos descansar y dormir en paz. »En seguida no hacen mérito para nada de la infeliz víctima.

(1) Un santo, un hombre venerado por su piedad.



los viajeros, los acompañan bajo pretexto de guiarlos, y cuando menos lo esperan, les arrojan un lazo al cuello y los matan despues de despojarlos de cuanto llevan. Jamás hacen merced de la vida sobre todo á los *comedores de vaca* como llaman á los europeos. Felizmente me condujo la casualidad á un sitio del bosque, donde era menor la espesura y desde donde descubrí una columna de humo por cima de la copa de un árbol; esto restituyo á mi ánimo toda su energia, porque



Benarés, mirada del lado del templo.

era prueba clara estaba próximo á una habitacion, tal vez á un *tchawadi*.

Apresuré el paso y á los pocos momentos llegué á la orilla de un estanque. Seria imposible dar á comprender con exactitud toda la belleza del paisaje que me rodeaba. Circuyendo el borde del estanque descubrí un estenso jardin perfectamente cultivado y á uno de sus extremos una casita de aspecto agradable modelada como la generalidad de las que sirven á los indos. Estaba construida de tierra y ladrillos revocados de cal muy blanca; constaba de un solo piso y tenia practicadas dos ventanas pequeñas. Un avance del techo sustentado por pies derechos delgados de madera que insistian sobre un banco de tierra batida, depurada y guarnecida de cal formaba una especie de galeria ó peristilo tan rústico como de buen efecto. El interior estaba aseado, sin contener rastro de estiércol de vaca, lo que probaba que su propietario no era brahmin ni devoto; su mueblage era muy modesto: no consistia sino en una esterilla de juncos cuidadosamente tegidos y algunas vasijas de barro cocido; dos arcas de madera guardaban los vestidos y todo lo mas precioso que po-

seia; esto era lo que esencialmente descubrí y todo lo que necesitan y usan la mayor parte de los indos. Una simple esterilla les sirve de cama, de alfombra para sentarse cruzados de piernas, y de mesa y mantel para sus comidas.

(La continuacion en el número inmediato.)

## LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

TRADICION DEL SIGLO XV.

I.

En el año de 1440, cuando todavía los sectarios de Mahoma eran dueños de la fértil y hermosa Granada; cuando los estandartes adornados con la media luna eran mecidos por los vientos de Sierra Nevada sobre los altos minaretes de la Alambra; una hermosa mañana de primavera, se hallaban



reunidos en la plaza de Ecija una porcion de jóvenes de los mas distinguidos de la ciudad, y lo que era muy propio de sus años, disputaban sobre la belleza, gracia y donaire de las damas andaluzas, procurando á porfia ponderar cada uno las prendas de la que habia cautivado su corazon.

—Donde se presenta una niña no muy alta, blanca, con ojos azules, pelo rubio, y esa vivacidad que naturalmente tienen las malagueñas, decia uno, retirense las demas mugeres....

—¡Jesús! ¡Qué mal gusto tienes! contestaba el otro. Sin una tez morena y delicada, unos ojos negros, y un pelo como el azabache, no puede haber hermosura ni gracia.

—Vaya, no teneis idea de lo mejor, una estatura aventajada, un talle delgado y flexible, y una carita pálida con ojos garzos, y pelo castaño, me parece que haria ventaja á todas.

—Señores, el complemento de la hermosura y perfeccion está en una blanca como la nieve, y con ojos y pelo negro como el ébano. Esto nadie lo ha disputado.

—Apuesto á que jamás os habeis parado á considerar lo que son unos ojos verdes, rodeados de pestañas largas y pobladas, que se destacan admirablemente sobre una tez blanca y algo pálida, por que esto es el complemento de la sensibilidad, de la inteligencia.

—Y tú don Tello, ¿de qué opinion eres en punto á mugeres?

Estas palabras se dirigian á un joven de hermosa presencia, como de unos veinte y ocho años, y que mientras los demas disputaban, no habia hecho mas que sonreir ligeramente, acariciando de vez en cuando su largo y sedoso bigote. Era hijo de la antigua y noble familia de los Aguilares, y sumamente rico, pero ocupado hasta entonces en el ejercicio de las armas, y ansioso de adquirir gloria, y de añadir nuevos blasones al escudo de armas de sus mayores, no se habia cuidado del amor, y se habia mostrado indiferente á las miradas de fuego de las damas andaluzas que mas de una vez le habian manifestado, que no les eran indiferentes sus nobles prendas y apuesta y gallarda figura.

—Yo no tengo opinion en esta materia, les contestó con dulzura, porque como no ha llegado el caso de elegir, no me he detenido á analizar sus rostros tan detalladamente como vosotros.

—Vaya no seas hipócrita, ¿un joven como tú, no habrá tenido sus amorcillos, aunque no haya sido mas que por pasatiempo?

—Yo he buscado hasta ahora la gloria, cuando la haya conseguido me ocuparé del amor.

A este mismo tiempo cruzaba la plaza un rico comerciante de Granada, judío, y muy conocido en toda Andalucía por la frecuencia con que la recorria con sus ricas mercancías, y famoso por su habilidad y conocimiento en toda clase de negocios.

—Levi, Levi, (asi se llamaba el judío) le gritó uno de los jóvenes; se trata de mugeres, y de mugeres hermosas; tú que tienes tu domicilio en Granada, á quien tu tráfico, tu talento y sobre todo tu dinero te dá cabida en todas partes, dinos, ¿qué tales son las moras de esa hermosa ciudad?

—¡Ah! Las hay lindisimas.

—Pero no llegarán en mucho á la hermosura, al gracejo, á esa sal, á ese encanto, á esa alma que tienen nuestras andaluzas.

—Las costumbres de los musulmanes no permiten á sus mugeres tanta libertad como disfrutaban las cristianas, y es difícil juzgar de su sal y de su gracia; pero en punto á hermo-

sura, hay muchas que no cederian á las mas bellas de Andalucía; y quizá algunas que las aventajaran.

—Imposible, imposible, contestaron todos, eso es un insulto, era menester que fueran mugeres de otro mundo, porque en este no las hay mas lindas que las de nuestro pais.

—Lo son en efecto, añadió Levi, pero eso no quita que tambien lo puedan ser en otras partes. En Granada conozco yo una, que no digo Andalucía, el mundo entero no presentará otra que le haga ventaja en hermosura. Tendrá ahora unos diez y ocho años; su estatura es algo aventajada y esbelta, su color moreno claro teñido de un ligero carmin que apenas se trasluce á través de su finisimo y trasparente cutis; sus cabellos son negros como la turmalina mas abrigada, y tan abundantes y largos, que bien pudieran servir de velo á las hermosísimas formas de su cuerpo; sus ojos rasgados y negros parecen penetrar hasta el fondo del corazon; sus labios de color de rosa dejan entrever el virginal esmalte de su igual dentadura; y su talle flexible como el tronco de una palma, revela en cada uno de sus movimientos la dignidad y gracia mas completa. Sus brazos torneados, su blanca y delicada mano, su pié ligero y pequeño, están dando á conocer su alto origen, y la esclarecida nobleza de su raza; porque sabes que os estoy hablando de una de las primeras doncellas de Granada, de la hija de Abenabó alcaide de Torre Bermeja, de la hermosísima Ardana. Su padre que la ama con delirio, nada ha perdonado para que si es posible, su educacion sobrepuje á su hermosura; y su talento es ponderado como un milagro. En fin, las palabras no bastan á diseñar esta belleza, era menester verla, y entonces estoy seguro que no la hallarais competidora. ¡Ah, si la pudieran ver estos andaluces tan enamorados y fogosos! seguro que lanza en ristre se habian de disputar una mirada suya, con mas entusiasmo que la posesion de un castillo.

Cada uno de los jóvenes segun el judío trazaba el cuadro de su mora, hacia entre si comparaciones, y se preparaba á hacerle mil preguntas: mas él prestando sus muchas ocupaciones, les saludó, y se retiró al momento, dejándolos encantados con tan magnífica descripción. Hombre habia entre ellos que hubiera emprendido la conquista de Granada solo por ver á su sabor ó cautivar á la tan exagerada musulmana. La mayor parte lo juzgaron ponderacion del judío; pero las palabras de este profundizaron hasta donde jamás habian llegado los ojos mas apasionados de las hijas del Betis: el corazon de don Tello de Aguilar acababa de sentir una emocion que jamás habia experimentado; su imaginacion comenzaba á agitarse fuertemente sin saber por qué; y en su alma juvenil se reproducia la imagen trazada por el judío con tanta viveza, que no podia sosegar. Ensimismado y taciturno se despidió de sus compañeros, que atribuyeron su silencio á su indiferentismo por las mugeres, y le acompañaron con las chanzas de costumbre, llamándole el casto, el filósofo, y el insensible.

Apenas llegó don Tello á su casa se encerró en su habitacion, y comenzó á reproducir en su interior las bellezas de la hermosa mora, y á recrearse en la pintura que acababa de escuchar. Insensiblemente su corazon y su cabeza fueron volcánizándose hasta un extremo tal, que cuando quiso volver en sí, le fué imposible; ya no era dueño de su razon; una pasion para él hasta entonces desconocida la habia ofuscado enteramente. En vano reflexionó que podia haber una distancia inmensa de la pintura á la realidad, y que podria ser muy bien una exageracion del judío nacida de las circunstancias; por demas



fué que recurriese á lo ridículo que era emprender una aventura de caballero andante, enamorándose de una persona á quien no habia visto ni conocido; inútiles fueron sus esfuerzos; la idea de aquella hermosa muger se le presentaba siempre como una sombra importuna, se cruzaba en todas sus reflexiones é inutilizaba todos sus raciocinios. Pasó la noche en una inquietud congojosa, en un desvelo penoso, y así que amaneció mandó buscasen al judío, é hizo le indicasen, necesitaba verle pronto para un asunto de importancia.

No tardó en presentarse el judío pensando que algun negocio comercial era el objeto de la cita, pero quedó estrañamente sorprendido, cuando encontró á don Tello apoyada la cabeza en su mano, desencajado el semblante, y tan abismado en sus reflexiones, que ni se apercibió de su presencia.

—¿En que puedo servir? le dijo con voz baja y sumisa.

—¡Ah! mi amigo Levi, (le dijo don Tello levantándose y estrechando fuertemente su mano,) perdonad, no habia notado que estábais ahí. Os he llamado, para un negocio de que depende mi tranquilidad, mi vida entera. Decidme; ¿la pintura que ayer hicisteis de la hija del alcaide de Torre Bermeja es exacta? ¿No habeis exagerado nada? ¿La habeis pintado tal como es? No me oculteis la verdad, por que...

—Señor, no solo no hay nada de ponderacion, si no que por el contrario, me quedé muy corto al describir su belleza, su atractivo y sus gracias, que no digo las palabras, el mas dedicado pincel no podria bosquejar. En ella parece que el Creador ha hecho alarde, ha prodigado gracias sin limites, y que la naturaleza se ha empeñado en acumular perfecciones; en una palabra, es menester ver á Ardana, para comprender su hermosura, es...

—No, no digas mas, porque cada palabra tuya es un nuevo estímulo en mi alma; mi amor y mi impaciencia crecen de un modo indefinible, cuando te oigo hablar de esa muger, de esa mora, de ese ángel, y es indispensable que me proporcionen verla, hablarla, decirla que la amo.

—No creia que vuestras preguntas pudiesen llevar un objeto tan estraño, pero yo os suplico que os tranquiliceis, y no dejéis que se apodere de vos una idea, que es de todo punto irrealizable. La menor tentativa para lograr lo que acabais de indicar, no nos costaria menos que la vida. Abenabó que tanto como ama á su hija, tanto es celoso de su honra, de su guarda y recato, nos haria empalar sin mas que saber que nos habia ocurrido este pensamiento. Los mas nobles, los mas ricos, los mas distinguidos musulmanes de Granada ansian como vos verla y hablarla, y no se han atrevido á intentarlo viviendo en la misma ciudad, siendo de una misma religion, y teniendo muchos de ellos relaciones de amistad con su padre. Calculad si con vuestras condiciones podrias lograrlo. Yo por mi parte os aseguro que jamás entraré en empresa tan arriesgada, y á fuer de buen comerciante, no emprendo negocio en que pueda haber una quiebra tan fatal.

—¡Ah Levi! exclamó el joven. Tú no amas, tú no has amado como yo, tú no has sentido jamás abrasarse el corazon en una pasion tan violenta; porque de lo contrario comprenderias que estoy dispuesto á todo, á arrostrar todos los peligros, á morir por lograr mi objeto. Infiere de aqui, que no te he llamado para que me exageres las dificultades, si no para que me ayudes á discurrir medios, para que me proporcionen á costa de los mayores sacrificios ver á esa mora. ¿Quieres oro? pues bien, te daré cuanto poseo, que es bas-

tante para satisfacer tu ambicion, pero conduceme á su presencia.

—Ni por todo el oro del mundo emprenderia una locura sin resultado. Lo siento, pero no puedo entrar de ningun modo en vuestras ideas, son un imposible, y así con vuestro permiso me retiro.

—¡Ah infame! le dijo don Tello, agarrándole fuertemente por el brazo. ¡Después que me has robado mi tranquilidad, después que has encendido en mi pecho un fuego inextinguible, ahora me abandonas! ¡Ahora no quieres ayudarme! ¡No, no será así! Tú has presentado esa muger á mi imaginacion, tú me has de llevar á su presencia; y resuélvete, ó



á morir conmigo en la empresa, ó á quedar ahogado entre mis manos. No busques razones para disuadirme porque serán inútiles; estoy resuelto, de aqui no saldrás sin haber cumplido mi deseo, sin haberme jurado que me proporcionas ver á Ardana.

El judío, que sentia su brazo como prendido con una argolla, miró entonces atentamente al joven, sus ojos estaban ensangrentados á hinchados, sus facciones demudadas, cubierto su rostro de una palidez mortal, y sus lábios y barba temblaban con un movimiento convulsivo casi imperceptible. Conoció que el combatir de frente aquel frenesí era esponerse á un atropello, y lleno de espanto discurría como poder salir de aquel apuro por cualquier medio. ¿Pero qué habia de decirle? ¿Cómo calmarle en aquella furiosa exaltacion? Por fin ya se resolvió y le dijo temblando:

—Os repito que la empresa raya en lo imposible, y por mas que discurro no encuentro medio, no digo de realizarla, pero ni aun de emprenderla. Solo hay uno, pero terrible,



arriesgado, que ofrece alguna pequeña probabilidad, y al que creo que un caballero como vos no se prestará.

—Yo me prestaré á todo no siendo una infamia.

—Pues en ese caso, si abjurárais vuestra religion, y abrazárais públicamente el mahometismo, entonces yo me encargo de estableceros en Granada, y tal vez entonces... con el tiempo....

—¡Ah Dios mio! exclamó el jóven, soltando á Levi, y levantando las manos y los ojos al cielo. ¡Hasta dónde nos conduce una pasion sin freno! Pero la mia es pura, es honesta, y vos, Dios mio, no permitireis que un cristiano, que un español noble, se detenga ni un momento en la impia idea de abjurar vuestro nombre santo. Violenta es la pasion que destroza mi pecho, pero nunca, jamás me separaré de vuestra religion, de la fé que recibí en la cuna. De ella espero el alivio en esta afliccion cruel.

Don Tello dejó entonces caer la cabeza entre sus manos cubriendo con ellas el rostro, y quedó por un largo rato en silencio. El judío creia que habia logrado su objeto, y que don Tello movido por el celo de la religion iba á desistir de su proyecto. Pero se engañaba. Levantó luego la cabeza ya con semblante muy tranquilo, y dirigiéndose á él le dijo:

—Levi, siéntate y discurremos. Te perdono el grave insulto que me has hecho, creyéndome capaz de abandonar mis santas y divinas creencias por una pasion terrena, y has imaginado que esta podia tener mas fuerza que la fe de un cristiano, sostenida por la gracia del que es solo Dios. Mas no creas por esto que desisto de mi intento. Escúchame, y jura que me ayudarás á realizar la idea, que tu impia y sacrilega indicacion ha hecho nacer en mi alma. Supuesto que mi estancia en Granada es el único medio de poder ver á Ardana, tal vez de hablarla, y de llegar á significarle mi amor; yo tomaré el nombre y trage de esclavo, tú me llevarás en tu compañía, y harás cuanto tu talento y habilidad te sugieran para venderme á Abenabó, y si lo consigues, si yo soy admitido en el número de sus esclavos, tarde ó temprano yo conseguiré ver á esa muger encantadora; sus ojos tal vez leerán en los míos la violenta pasion que he concebido por ella; ¡quién sabe si escitaré su compasion, ó si encontraré simpatías! Al menos tendré el consuelo de vivir cerca de ella, y si otra cosa no consigo, de morir en su servicio. Tú podrás apurar los medios de tu posicion y de tu talento para inclinarla á mi favor, y sin perjuicio de recompensarte anticipadamente tan importante servicio, si un éxito feliz llegara á coronar esta empresa, yo te manifestaré que soy muy agradecido. Por lo que mas ames, no me niegues este favor en que muy poco ó nada comprometes, y salvarás mi vida. Promete que me ayudarás, amigo Levi; júramelo, y pídemelo cuanto quieras.

—Posible es en efecto realizar ese pensamiento, ¿pero habeis calculado sus inconvenientes? ¿Sabeis la abyeccion, las penalidades, los trabajos por que teneis que pasar? ¿No comprendéis que si Ardana no admitiera vuestro amor, descubriria á su padre vuestro intento, y vuestra osadia seria castigada con una muerte horrible? Y aun suponiendo que ella os amara y correspondiera, ¿la vigilancia de su padre no podria descubrirlos? Desistid por Dios, desistid de una empresa que ninguna probabilidad tiene de buen éxito. Os doy este consejo por que os tengo aficion, porque sé que vais á buscar vuestra perdicion; vos no sabeis esos perros como guardan sus mugeres, y con cuan poco pretexto martirizan á un cris-

tiano. Al menos aplazad la ejecucion de vuestro proyecto para mas adelante, y tal vez dentro de unos dias el amor mas calmado habrá dado lugar á la reflexion, y conoceréis que vuestro proyecto es una locura.

—No amigo, mi pasion, por el modo con que ha nacido en mi alma, por la violencia con que se ha presentado, es de aquellas que no tienen mas término que ó la posesion del objeto amado, ó la muerte. Todo cuanto has dicho lo comprendo, ¿pero qué importan los padecimientos, los martirios, la muerte, si llego á ver esa muger que tú has pintado? ¿Serán mayores que los que ahora destrozan mi corazon? No, Levi, no hablemos mas, escusa perder el tiempo en reflexiones inútiles, estoy resuelto á todo, y tú me ayudarás. ¿Me lo juras Levi?...

—¡Pero, señor, es posible....

—Y tan posible, que sin perder un momento, ni replicar mas palabra, vamos á ponerlo en práctica, tu obrarás, y me guardarás un secreto inviolable, y sea cual fuere el resultado, hasta despues de mi muerte ó de mi triunfo, solo los dos lo sabemos. ¿Me has comprendido?

—Perfectamente comprendo que no hay medio de haceros desistir de esa locura, y os prometo todo lo que acabais de encargarme, á pesar de la conviccion que tengo, de que os voy á causar el mayor daño del mundo; mas nunca me imputareis los resultados que ¡ojala me engañe! pero serán funestísimos. Ya me teneis dispuesto á todo.

—Gracias, Levi, exclamó el jóven echándole los brazos al cuello con entusiasmo, de hoy en adelante el éxito de esta empresa depende de Dios y de tu habilidad y buenos servicios. Toma, le dijo alargándole un bolsillo bien provisto de oro, prepara lo necesario para nuestro viage, y mañana antes que amanezca, yo seré ya tu esclavo, y marcharemos á donde me conduce mi amor, á Granada, á la presencia de esa mora que ha arrebatado mi corazon, y cautivado mi voluntad entera.

## II.

Ninguno de los dos se descuidaron en hacer los indispensables preparativos de viage, y al día siguiente mucho antes de que se descubriesen en el Oriente los primeros albores de la mañana, ya dos hombres montados en dos mulas se dirigian á Granada. El jóven don Tello manifestaba en su semblante cierto aire de satisfaccion, y alguna vez sonreia ligeramente; mientras el judío le observaba con atencion, para ver si descubria la menor señal de duda ó arrepentimiento, y aprovecharla haciéndole desistir de aquella malhadada empresa. Ambos caminaban silenciosos pensando en los medios que habian de emplear para el desempeño de la parte respectiva, y los dos encontraban grandes dificultades; pero el uno estaba loco de amor, y el otro comprometido á ayudarle, y asi no era fácil que se arredrasen. Por fin Levi fué el primero que perturbó este silencio.

—Con que en efecto, ¿vos no retrocedeis en esta que bien se puede llamar locura?

—No, Levi, antes por el contrario estoy muy satisfecho de haberla emprendido, y es tanta mi impaciencia, que me parece que las mulas no andan, que el camino es infinito, y que el tiempo que siempre vuela ahora está parado.

—Pues entonces es necesario que convengamos en el papel que cada uno hemos de representar, en las condiciones



que vos debeis tener como mi esclavo, y en lo que yo como vuestro dueño he de decir.

—En efecto, es muy justa tu observacion, contestó el jóven; me llamaré como tú quieras, seré lo que creas conveniente que sea.

El combinar todo cuanto habian de decir y hacer, les ocupó gran parte del camino, y lo restante lo volvieron á emplear cada uno en sus meditaciones; Levi, discurriendo el modo de no comprometer ni su vida ni su fortuna, y de sacar todo el interés posible; y don Tello saboreándose anticipadamente en el placer, de que dentro de poco seria esclavo de su amada. La vista de la hermosa ciudad que encerraba el objeto de aquella expedicion, llamó la atencion de entrambos, que muy pronto se encontraron á la puerta de Torre Bermeja donde habitaba Abenabó.

Acostumbraba á frecuentarla el judío, ya para vender alguna de sus mercancías, ya para cumplir algunos encargos del alcaide, que tambien entonces quiso verle.

—¿Qué noticias, le dijo, traes de tierra de cristianos, y que mercancías has comprado?

—Señor, las noticias, aunque me pese decirlas, no son muy favorables á los granadinos. El infatigable don Fernando aumenta cada dia su ejército y sus conquistas, y tiene ya sitiada á Antequera; y este viage no he comprado mas que un esclavo que me encargó un rico comerciante amigo mio. Le he comprado en Loja, y aunque me ha costado caro segun su calidad, porque es hombre de baja esfera, estoy contento sin embargo, porque es un jóven tan robusto, de tan buenos modales, de tanta inteligencia y honradez, que ciertamente no se desdenaría de tenerlo en su servicio un gran señor. Confieso que en los pocos dias que le tengo, le he tomado tanta aficion y cariño, que si no tuviera comprometida mi palabra, le conservaria para mi. ¡Ah, es una alhaja!

Tantos elogios escitaron la curiosidad del alcaide, y dijo al judío que queria ver aquel tan ponderado esclavo. Introducido á su presencia don Tello, se cruzó de brazos, é inclinó la cabeza hasta ponerla al nivel de las rodillas. El moro, despues de haberle examinado atentamente, dijo al judío.

—En efecto, su presencia es muy buena, previene mucho en su favor, lo compraria con gusto: y dirigiéndose al esclavo le preguntó: ¿dónde habeis nacido? ¿cuál es vuestro nombre y vuestra familia? ¿cómo habeis venido á la esclavitud?

—Señor, mi patria es Sevilla, mi nombre Juan, mis padres unos pobres labradores, y hace tres años que tuve la desgracia de caer cautivo. Fui vendido como esclavo á un labrador de Loja, á cuyo servicio he estado hasta que este comerciante me compró hace pocos dias.

—¿Sabreis entonces algo de cultivo, y podreis encargaros del cuidado de un jardin?

—Esta ha sido precisamente la ocupacion de una gran parte de mi vida.

—¿Y os quedaríais con gusto en mi servicio?

Don Tello arrancó entonces un profundo suspiro para disimular que aquello era lo que mas deseaba, y añadió:

—Si al que ha perdido su libertad le fuera permitido escoger... pero vos me pareceis un señor tan bueno...

—Sois ademas muy discreto, Levi, dijo al judío, este esclavo se quedará en mi casa. Ya sabes que trato bien á mis esclavos cuando ellos lo merecen, y este es acreedor á que le proporciones un buen señor.

TOMO VIII.

—Sabeis que nada deseo tanto como serviros, pero tengo comprometida mi palabra, y no...

—Quiere decir que doblaré el precio en que lo traiais ajustado, y á tu amigo le proporcionarás otro.

A tal indicacion no hubiera resistido el judío, aunque su ánimo no hubiera sido dejarlo, y aunque haciendo alguno melindres para mas disimular y sacar mayor partido. Don Tello fué ajustado, y admitido como esclavo del alcaide.

Gozoso este con la nueva adquisicion, le hizo seña para que le siguiera, y él mismo, despues de satisfacer al judío su importe, lo llevó á la habitacion de su hija. Estaba Ardana recostada en un magnífico almohadon, vestida de una sencilla y finísima tela blanca, que dejaba percibir sus linda formas, y por debajo del turbante, cuyo velo estaba echado á la espalda, salian abundantes trenzas de sus negros cabellos que se repartian en ondas al redor de su torneado cuello y de su elevado pecho, y se ocupaba en bordar en compañía de su aya y esclavas. Apenas vió entrar á su padre, fué á levantarse, mas este, llegó antes que lo verificase, y y dándole un beso en la frente la dijo:

—Hija mia, vengo á presentarte un esclavo, que acabo de comprar á nuestro comerciante Levi. Aunque hombre comun



me ha parecido de tan buena presencia, me ha ponderado tanto el judío sus buenas prendas, que me he resuelto á encargarle el cuidado de nuestro jardin. ¿Qué te parece hija mia?

Durante esta breve presentacion, los rasgados y lindos ojos de la mora se habian ya encontrado con los del cautivo, que absortos y radiantes de placer, como dos luceros en una noche serena de invierno, la habian deslumbrado y hecho bajar los suyos. Ya habia recorrido toda la figura del esclavo,



que le pareció noble y hermosa; su corazón había sentido un efecto, que en aquel momento atribuyó á compasión, y sintió abrasarse sus mejillas que se tiñeron de un color bastante vivo.

—Me parece muy bien. Padre mío, es joven, robusto, y bien dispuesto, y si sus buenas cualidades corresponden con su exterior, no dudo que se hará digno de vuestras bondades. Entonces, dirigiéndose al esclavo, le dijo con una amabilidad encantadora: ¿y tú conoces el arte de cultivar las flores, de cuidar las plantas, y de arreglar un jardín?

—Señora, contestó él inclinandose profundamente, vuestro esclavo pondrá todo el esmero posible en cuidarle de modo, que encontreis en él lozanía y alguna novedad.

—Me alegraré, porque ¡las flores me gustan tanto! si las cuidas bien, mi padre estará también contento, y te tratará con dulzura. ¿No es verdad, padre mío?

—Si, mi querida Ardana, sabes cuanto te amo, y todo lo que le complace, es también objeto de mi predilección.

En seguida volvió á imprimir un beso paternal en la frente de su hija, y salió acompañado del esclavo, que fué luego á encargarse del jardín. Cuando salió don Tello de la habitación de la mora estaba como deslumbrado, el corazón parecía que no tenía bastante cavidad en el pecho para moverse, y su pulso latía con violencia. Apenas se quedó solo exclamó: ¡Dios mío! ¡Qué hermosa muger! ¡Bendito seas una y mil veces por haber suscitado en mi alma el deseo de arrostrar esta empresa! ¡Haced, Dios mío, haced que me ame! Sea esta mora mi esposa, y los mayores trabajos serán para mí delicias á su lado. Pueda yo complacerla en el cultivo de sus flores, y sino consigo otra dicha al menos la veré contenta.

Este mismo deseo le hizo dedicarse al momento á recorrer el jardín, á observar las mejoras que podía intentar, y á informarse de las clases de flores que contenía. Observó que muchos miradores y ventanas del palacio de su señor caían al jardín, y sospechando que las de su adorada estarían hacia aquel lado, tenía siempre fijos los ojos en ellas por si lograba ver aquella hermosura, que tanto le había cautivado. Este mismo deseo le hacía tan asiduo en el trabajo, tan cuidadoso en trasplantar flores, arreglar los dibujos de los cuadros, limpiar y nivelar las calles, que el jardín varió de aspecto en muy poco tiempo. Esto animó á la mora á pasearlo con mucha frecuencia, y hacer observar á Abenabó tanto las mejoras que se notaban en el jardín, como el buen gusto é inteligencia del que lo dirigía. ¡Cuánto gozaba el jardinero en cada uno de estos paseos! ¡Con cuanto entusiasmo oía las alabanzas que Ardana le prodigaba, y con que satisfacción y gusto le presentaba siempre algún lindo ramillete, que componía de las flores mas nuevas y significativas! Sin embargo, ya llevaba algún tiempo cuidando el jardín, ya habían transcurrido algunas semanas, y no solo no había podido hablar á Ardana, sino que esta apenas había hecho mas que dirigirle algunas cortas preguntas, cuyo objeto era solo informarse del modo de cuidar las flores. Por mas que se perdía don Tello en meditaciones, cuanto mas discurría el modo de significar su pasión á quella encantadora muger, mas dificultades encontraba. Temía mucho errar el primer paso, porque de él dependía el bueno ó mal éxito de la empresa. Resolvió pues, fiarlo al tiempo y á la casualidad, que le proporcionasen ocasion de hacerlo con alguna probabilidad de acierto.

Entre tanto el judío, estimulado por el compromiso y mucho mas por el interés de la gran recompensa que esperaba,

no se había olvidado del pobre caballero, á quien no había podido volver á ver por mas que disimuladamente lo había intentado. Se presentaba con mucha frecuencia en el castillo llevando siempre telas, aderezos, y adornos de mucho gusto, y espiaba con cuidado una ocasion de hablar con Ardana, para calcular el efecto que el esclavo la había causado, hacerla, si le era posible alguna indicación, y poder proporcionar alguna esperanza por pequeña que fuese al pobre esclavo, á quien se figuraba desesperado. Siempre que lograba verla la preguntaba; cómo le iba con el nuevo esclavo. Si estaba contenta de sus servicios, y si era dócil, fiel y honrado, como le habían dicho, y á todas estas preguntas contestaba la mora con tan marcado interés, que Levi penetró hasta el fondo de su corazón, y lo creyó bastante inclinado á corresponder al entusiasta amor de don Tello.

Este lejos de desesperarse pasaba con resignación los días en su trabajo, y las noches en discurrir medios de descubrir su pasión, contemplándose dichoso solo con ver alguna vez al hermoso objeto de su amor, ó con que le dirigiera alguna palabra compasiva, ó le hiciese alguna pregunta sobre el cultivo de las flores. Sin embargo, hacia ya algunos días que se asomaba con mas frecuencia á las ventanas, que bajaba mas á menudo á pasear, que le pedía flores. Y aun había creído sorprender alguna mirada de interés y cariño. Un día quedó estrañamente sorprendido al oír que Ardana le llamaba desde uno de los balcones mas bajos, y apenas se acercó le dijo:

—Quiero que me compongas un hermoso ramo. Veo que tienes mucho esmero en arreglar el jardín, y mucha afición á las flores.

—Señora, le dijo el joven acompañando sus palabras con una mirada de fuego y una espresión que daban bien á conocer lo que pasaba en su alma, el deseo que vuestro esclavo tiene de complaceros, le enseña sin duda el método mejor de arreglarlas. Las flores son tan hermosas, que no puedo menos de aficionarme á ellas. ¡Quién no ama la hermosura!

—Si, mas sin embargo, como vives en la esclavitud; como tal vez en tu país habrás dejado alguna persona que te interese, y á quien desees volver á ver, creo que el amor de la hermosura de las flores será muy secundario.

—Siempre la libertad es apetecible; mas sin embargo es tanto el cariño con que vuestro padre me trata, tanta la bondad con que vos me distinguís, que nada echo de menos estando á vuestro servicio. Tampoco tengo fuera de aquí persona ninguna que pueda interesarme; sin embargo, os lo confieso, amo con delirio, pero mi cariño está reconcentrado en este jardín... en estas flores... en...

Pronunciaba estas últimas palabras con una emoción tan marcada, con un acento de exaltación tal, que Ardana temió que iba á escapársele alguna palabra imprudente, y como si viese venir sobre su cabeza un rayo, se retiró precipitadamente dejando al jardinero sin concluir la frase y sin poder comprender la tendencia de aquella imprevista conversacion y de tan veloz retirada.

Sin embargo, había un motivo que á él le era desconocido, y que había impulsado á la discreta mora á sondearle. Levi, que había ya conocido de un modo indudable, que á la hija de Abenabó no le era indiferente su esclavo, trató de dar el último paso, y un día que la casualidad le proporcionó hablarla sin testigos, la dijo:

—Señora, yo tengo suma confianza en vuestra discreción



y talento, y fio tanto en vuestra bondad, que me he decidido á confiaros un secreto. ¿Sereis tan buena que me prometereis no revelarlo?

—No siendo cosa que pudiera interesar al honor ó á la vida de mi padre, os juro por Alá que quedará sepultado en mi pecho.

—Libreme Dios ni aun de pensar nada que pudiera ofender á vuestro padre en lo mas mínimo. El secreto pertenece esclusivamente á vuestro jardinero. ¡Me causa tanta compasion ese jóven!

Ardana no pudo contener un movimiento de curiosidad suma, y con alguna turbacion preguntó con viveza:

—¿Le ha sucedido algo? ¿ha cometido alguna falta? ¿esta en algun peligro?

—No, ¡pero se prolonga tanto su esclavitud! ¡debe sufrir tanto!

—Y qué, ¿pensais rescatarle? ¿Trata él de conseguir su libertad?

—Esto, si él quisiera le seria sumamente fácil, porque tiene medios para conseguirlo. Sabed, (y este es precisamente el secreto que queria confiaros) que vuestro esclavo es de una de las mas distinguidas familias de Andalucia, es tan noble como caballero, es don Tello de Aguilar, cuyas virtudes, riquezas y alcurnia son la envidia de Ecija, su patria.

Al oír estas palabras, el rostro de la mora, cambió de color muchas veces, y dificilmente podia ocultar los encontrados afectos que luchaban en su interior. El saber que su esclavo, á quien ella habia comenzado á amar en secreto, era un caballero tan noble y rico la alegraba y enorgullecía; mas creyendo que el judío la hablaba con aquel misterio, con el objeto de interesarla para que consiguiese la libertad, la hizo estremecer. Sin embargo, logró reponerse algun tanto, y dijo al judío con cierto interés mal disimulado:

—Mucho me alegro de tener un esclavo tan distinguido; ¿y vos pensareis, ó tendreis comision para rescatarle?

Levi que la habia observado cuidadosamente, y para quien no habia sido perdida la emocion de la linda mora, juzgó oportuno no desaprovechar la ocasion que se le presentaba de declararse formalmente, y le dijo:

—Vuestro esclavo no solo no apetece la libertad, sino que estoy seguro, que no la intentará hasta haber apurado todos los medios posibles de conseguir el objeto que le ha esclavizado.

—En verdad, que no entiendo ni lo que dices, ni lo que quieres decir, tu lenguaje envuelve mil contradicciones que yo no puedo combinar.

—Sí, él ha venido á Granada con un objeto difícil, pero digno de un caballero; y tal vez morirá sin la dicha ni aun de escaparse.

—¿Cómo! ¿Pues que ha venido por su gusto? ¿No era tu esclavo? ¿No le habias comprado en Loja, y bajo este concepto lo vendiste á mi padre? ¡Que es esto, Levi! Tú me engañas, en esto hay algun misterio.

—Perdonad, señora, si tuve la osadia de engañaros, si pude formar parte de una intriga amorosa; pero me causaba compasion el pobre jóven; ¡sufria tanto! ¡Era tan loca y desesperada su pasion! No pude menos, me comprometí á ayudarle.

—Cada vez os entiendo menos, cada vez embrollais mas una conversacion cuyo objeto no acabo de comprender. Hablad, explicaos. ¿Qué empresa, qué amor, que pasion es esa de que me hablais?

—Señora, apoyado en la promesa de que este secreto será un sagrado para vos, vais á comprenderlo todo.

El judío le contó entonces minuciosamente cuanto habia pasado con don Tello, y concluyó arrojándose á los pies de Ardana, y suplicándola se compadeciese de aquel amante, que todo lo habia espuesto por su amor, permitiéndole le viese y le dijese alguna palabra, que alentase sus esperanzas. Ardana, cuyas mejillas durante la explicacion de Levi habian pasado de una palidez suma al mas encendido carmin, cuyos ojos habian brillado de placer al oír los trasportes de amor de su jardinero, envanecida con el cariño de un jóven tan noble, discreto y arriesgado, faltó muy poco para que confesara que tambien ella amaba ciegamente; pero pudo dominarse, y solo le contestó:

—Levi, retiraos; hace mucho tiempo que estamos hablando y pueden estrañarlos; os faculto para que veais á mi esclavo y le digais, que una pasion tan exagerada es verdaderamente apreciable; que me interesaré por su suerte, y sabré apreciar en lo posible su sacrificio.

Se retiró el judío satisfecho de su declaracion, que habia comprendido que no habia disgustado cuando no habia sido bruscamente desechada, y mientras encontró una ocasion favorable para consolar á don Tello, ya éste habia notado la mudanza de su amada, y habia sentido brillar en su corazon un rayo de esperanza. Mas cuando le refirió el judío el resultado de su explicacion con la hermosa Ardana, temió volverse loco de placer. Abrazó y besó mil veces á Levi, le llamó su amigo, su amparo, su protector, y le hizo tantas y tan magnificas promesas, que el buen éxito de aquella empresa interesaba ya tanto á la ambicion del comerciante, como al amor del jóven esclavo.

Estas esperanzas, este primer paso que tan buen resultado habia tenido, no le hicieron olvidar la prudencia que necesitaba, y así procuraba disimular su pasion, mostrándose cada vez mas afanoso, mas leal y complaciente con Abenabó, que tambien le cobró mucho cariño, y le permitia entrar solo en el palacio y aun en las habitaciones de su hija, siempre que iba á presentarle flores ó frutas del jardin. La mora, que no era menos discreta que hermosa, aunque algunas veces podia hablarle á solas, lo escusaba cuidadosamente para no escitar sospecha alguna ni en su aya, ni en las demas esclavas que la servian. Mas el amor no necesita de palabras, tiene un lenguaje mucho mas significativo, y sus miradas, su turbacion, su virginal rubor siempre que veia al jardinero, le manifestaban de un modo indudable que era amado y correspondido con igual entusiasmo.

A pesar de esta conviccion, faltaba aun alguna cosa al jóven caballero para estar completamente tranquilo; ambicionaba con impaciencia tener una explicacion con Ardana para decirle que la amaba, y oír de su boca que era correspondido. Se le figuraba que conseguido esto, veria deslizarse con placer los años de su vida, aunque no adelantase mas en su empresa, y este deseo le hizo ensayar un medio que pudo costarle muy caro.

En las veces que habia entrado en la habitacion de la mora, pudo observar que un corpulento limonero del jardin, no solo llegaba con sus ramas hasta la ventana, sino que su copa frondosa se elevaba hasta defenderla de los rayos del sol. Una noche cuando ya todos dormian, se decidió á trepar por el árbol y acercarse á la ventana que estaba abierta, porque era en lo mas caluroso del verano; mas apenas lo habia veri-



ficado, cuando una perrita que dormía en la habitación de Ardana, viendo que las ramas inmediatas se movían, comenzó á ladrar tan desaforadamente, que don Tello temió que despertase á todos y le descubriesen, en cuyo caso lo había perdido todo, y tal vez la vida. Se metió, pues, en lo mas espeso del árbol, y se quedó inmóvil esperando con ansiedad el término de aquella desgracia. Mas por fortuna la perra asustada se refugió en el lecho de su ama, que aunque despertó no hizo caso de su ladrido. La acarició blandamente, y ambas volvieron á dormirse, con lo cual el pobre jardinero que-

dó mas tranquilo, aunque no había logrado su objeto. Muchas noches volvió el enamorado jóven á su atalaya, sin que nunca tuviese la dicha de que Ardana lo notase, pero tampoco la desgracia de ser descubierto. ¡Cuánto gozó algunas veces contemplándola á la suave luz de la luna, ó á los pálidos reflejos de la lámpara que alumbraba su dormitorio! ¡Cuántas noches pasó sentado en una rama del árbol entregado á sus amorosos pensamientos!

*(Se concluirá en el número inmediato.)*

JOSE QUEVEDO.

## ESTUDIOS HISTORICOS.



Coronacion de Premislas.

### EL CABALLO BLANCO DE LA DUQUESA DE BOHEMIA.

Erased un día solemne para la reducida ciudad de Budetz residencia principal entonces de los grandes duques de Bohemia; y por cierto era tiempo ya de que algun fausto su-

ceso consolara aquel pobre pueblo de la muerte de Cracus II, su último soberano.

Cracus II había sido para sus súbditos, no un señor, sino un amigo, un bienhechor, un padre; pues entre las importantes instituciones con que dotó á su pueblo, fué una la fundacion de escuelas públicas, escuelas



de cuyo renombre hace mérito la historia de la edad media.

Nuestra relacion remonta al año 720 de nuestra era, y en aquel tiempo de tinieblas, eran tan escasos los hombres algo instruidos, que cualquiera otro conocimiento extraño á los trabajos agricolas, adquiria á los ojos del vulgo carácter de hechiceria, siendo considerado como poseedor del talisman de Araaon aquel que se atrevia á empuñar el cetro de la ciencia.

De este modo habia crecido la gloria de Cracus, no siendo por lo mismo cosa fácil escoger un sucesor digno; sin embargo, habia dejado tres hijas, y en aquellos tiempos no estaban las hembras escluidas de la sucesion al trono, ni tampoco determinado se observara derecho de primogenitura. Las dos mayores, gozaban de gran reputacion, una en magia, y otra en el arte de curar; ambas tenian sus partidarios, lo que hacia mas difícil la eleccion, á causa de que por cualquiera que se decidieran, provocarian infaliblemente la guerra civil, y dividir entre ambas el poder, atraeria consecuencias aun mas peligrosas.

Por lo que respecta á Libussa hermana menor y que frisaba apenas en los diez y ocho años, nadie pensaba en cargarla con el peso de la diadema para poner término á aquellas discusiones; era hermosa, incomparablemente hermosa, pero carecia de las brillantes cualidades de sus hermanas. Su carácter era uno de esos modestos y buenos que se ignoran á si mismo, y que solo un corazon amigo puede guiar, desenvolver y hacer brillar, del modo que brillan y perfuman en los jardines, flores que con sus tallos doblados por el peso, se arrastrarian por el suelo sin una fuerza extraña, sin un guion que las sostuviera.

Esto, á pesar de todo, no fué obstáculo para que se operara respecto de Libussa, un cambio prodigioso; obtenia triunfos ruidosos en las escuelas públicas de Budetz; su inteligencia, que parecia como postrada, salió de su letargo, consiguiendo por último con su gran penetracion, su claro discernimiento y su esquisita prudencia, grangearse el aprecio universal. No podia considerársela sin admiracion, ni escucharla sin sentirse penetrado de entusiasmo.

Cuando de sus lábios rojos rodaban palabras dulces, se les podia comparar á un pomo de esencia esparciendo mil aromas deliciosos, y si alguna vez la indignacion levantaba tempestades en su pecho, entonces, inspirada la jóven, lanzaba un torrente de palabras sublimes que hacia estremecer á su auditorio de temor y de respeto.

Un suceso singular acrecentó la especie de culto que tributaban los bohemios á Libussa. Durante el interregno, seis meses despues de la muerte de su padre, se disponia para salir de caza, cuando se apareció en el patio del palacio una jaca blanca, bellisima en sus formas y proporciones, que no pertenecia á la caballeriza ducal, y que nadie sabia de donde venia.

El gallardo bruto caracoleaba con una ligereza y una vivacidad que dejó admirados á todos; y al paso que huia de los que intentaron cogerle, vino por sí voluntariamente á humillarse delante de la princesa.

Libussa de un salto montó á caballo, y este cuando sintió oprimidos sus lomos, relinchó como de alegría, como orgulloso de la ligera y preciosa carga con que huyó rápidamente hacia el bosque.

De regreso de caza, acarició la jóven su gracioso corcel que no parecia cansado, puesto que despues de saborear

aquella dulce recompensa, huyó velozmente dejando á todos llenos de sorpresa y sin atreverse á seguirle, porque no hubieran podido alcanzarle.

A la mañana siguiente y á la hora que Libussa acostumbraba á salir de paseo, aparecia el caballito en su puestó; todas las mañanas acudia y todas las noches desaparecia. Convencida Libussa de que debia pernoctar en las cercanias de Budetz, le llamaba Nakbar. (4)

Ninguna de las personas de la servidumbre de la princesa hubiera osado seguir á Nakbar en sus lejanas escursiones, porque los bohemios le tomaban por un demonio familiar enviado por el genio de la montaña, con quien pretendia la credulidad popular tenia Libussa frecuentes entrevistas.

Obligados los gefes de la nobleza á no demorar mas tiempo la eleccion del sucesor de Cracus, y penetrados de temor y veneracion hácia la que gozaba de una manera tan manifiesta la proteccion del cielo, resolvieron arrojar á los pies de Libussa y suplicarla reinase sobre ellos. La jóven aceptó, pero no sin exigir que antes dotase espléndidamente el consejo de Estado á sus hermanas, á causa de que no queria comprar el rango supremo á costa de la desunion fraternal. Enterados de estos pormenores, les pondremos término diciendo que referimos al lector al día de la coronacion de la joven reina.

Libussa quiso solemnizar la fiesta de su advenimiento de un modo digno de sus virtudes. Acompañada de una lucida y numerosa comitiva, y montada en su lindo caballo blanco, atravesó la ciudad para dirigirse á visitar la tumba que guardaba las cenizas de su padre. Por do quier que marchaba la aclamaban victoreándola con entusiasmo; su radiante hermosura realzada con las galas de su régio tocado no tenia rival.

Vestia una larga túnica azul sembrada de flores de plata y ajustada con un ceñidor de oro; un manto de seda de tornasolados reflejos dejaba percibir por entre sus pliegues caprichosos, el suave contorno de su delgada cintura y la rapida morvidez de sus hombros. Abundantes trenzas de cabellos negros salpicadas de rubies y zafiros, descendian de debajo de su pesada diadema inundando su flexible garganta. El pueblo la contemplaba con delirio.

Llegaron á la tumba del difunto duque de Bohemia, y Libussa, despues de pagar de nuevo á las frias cenizas de su padre su tributo de lágrimas, pronunció con voz sonora una oracion en su elogio.

La muchedumbre suspendida, por decirlo así, de sus lábios, la escuchaba con silencio religioso. En seguida, cumplido ya este piadoso deber, se dispuso á tornar de nuevo á palacio.

A la entrada de un estrecho sendero que corria entre dos colinas tuvo que descomponerse la escolta de la duquesa de jando de observar el mismo órden ceremonial que por via espaciosa; la angostura no permitia marchar muchos caballos de frente.

De improviso, al pasar por el sitio mas recogido del camino, se lanza un hombre puñal en mano sobre la princesa desde el escondite de una peña; la pobre niña se apercibió de la accion y perdió el color, mas haciéndose superior á esta primera impresion de terror y pensando dependia su salvacion únicamente de su fuerza moral y del supersticioso temor que

(4) Lo mismo que vecino.



inspiraba, reprime el justo sobresalto que la asalta, fija en el asesino una mirada de indignacion y menosprecio y aparta con su mágico talisman el hierro que busca un sitio donde herir seguro.

Ante tan noble y valerosa criatura, se desconcierta el miserable, retrocede, vacila y tira un golpe que resvala por entre la túnica de Libussa y se hunde en el costado del generoso Nakbar; el animal se encabrita relinchando dolorosamente y vertiendo con abundancia sangre, de que salpica los vestidos de su augusta señora. Todo fué obra de algunos segundos, de modo que antes que cobraran bastante presencia de espíritu algunos señores, para acudir en defensa y auxilio de su reina, ya esta habia echado pie á tierra de un salto. Sin resistencia se apoderaron del asesino; era un pobre loco que imaginando ser victima de injusticias y desaciertos del último gran duque, habia meditado vengar en la hija los supuestos agravios del padre.

Indignado el pueblo, intentaba vengarla por su mano tratando de apoderarse del desgraciado, mas éste se arrojó á los pies de la duquesa, y la augusta señora estendió su mano en señal de perdon, ejerciendo de este modo un acto de clemencia de su primer acto de soberania.

En medio de la confusion natural que siguió á este accidente, nadie mas que la princesa conservó entera presencia de espíritu; llamó á sus servidores, les tranquilizó y fué por sí á tomar la brida de su herido caballo. Quería continuar en el, pero en vano lo intentó; perdía mucha sangre y debía sentir dolores muy intensos porque por mas que trató de animarle con halagos y palabras, no pudo sostenerse, dió algunos pasos y con la boca cubierta de espuma y los ojos medio cerrados, fué á caer á la ladera del camino.

La princesa echó á llorar como un niño al verle así; al mismo tiempo se abrió paso por entre la multitud un hombre de rostro varonil y atezado, que por sus rústicos vestidos daba á conocer su condicion de labrador y que se dirigió al inanimado caballo. A su aspecto brilló un rayo de esperanza en el rostro de la duquesa, pero lo reprimió recobrando prontamente el sentimiento de su dignidad. El labrador que revelaba en su agitada fisonomia muestras de una emocion reciente, se arrodilló ante Nakbar; trataron de que se retirara pero lo estorbó Libussa diciendo:

—Dejad ese hombre; tal vez sea un enviado del genio de la montaña.

El labrador sondeó y examinó cuidadosamente la ancha brecha producida por el puñal del asesino; tanteó sus músculos entreabiertos, en fin curó con tanta paciencia é inteligencia al noble animal, que poco á poco levantó sus párpados y la cabeza para dirigir una mirada de agradecimiento al que le volvía la vida. A poco, las caricias y la voz del labrador reanimaron al herido, de modo que aunque trabajosamente, púsose en pie y en estado de marchar. Despues, mientras que uno de los señores ofrecia á su soberana para que montase una hermosa yegua torda, se dirigió el campesino á la princesa, y con cierto tono que participaba de deferencia y autoridad, aseguró no ofrecia peligro la herida del pobre Nakbar.

Libussa le escuchó atentamente; Libussa á quien estaba sometido todo, experimentaba el ascendiente de un labrador oscuro; consideraba al jóven con la modestia de un natural generoso que se complace en reconocer su inferioridad ante una inteligencia superior. El desconocido condujo por la

brida á Nakbar, que marchó cojeando hasta las puertas del palacio; en seguida desapareció sustrayéndose á los cumplidos de agradecimiento de la duquesa.

Despues volvió distintas veces con un bálsamo cuya virtud eficaz cicatrizó del todo la herida de Nakbar.

Quince dias mas tarde, el misterioso caballo blanco, habia vuelto á su vida aventurera, y la corte de Budetz, guardaba apenas recuerdo de este suceso.

## II.

Ninguna nube empañó los albores del reinado de Libussa. Los bohemios se felicitaban por haber escogido tan sabia como graciosa soberana, y pensaban viéndola consagrada á establecer el orden y propagar en sus estados el amor á la paz, que era de condicion dulce y conciliadora el genio invisible que la inspiraba consejos.

Dos dotes esencialmente distintos reconocian todos en Libussa, la modestia de la jóven y la firmeza de la muger. Este conjunto de timidez y audacia admiraba de tal modo á los filosofos de su pais, genios superiores á las supersticiones vulgares, que para definirla decian que contristada el alma del gran duque de verse apartada de su hija, habia venido á reunirse y fundirse en la suya.

En resúmen, Libussa dominaba á su pueblo por su inteligencia, no pasando dia sin que diese nuevas pruebas de la elevacion de su genio y de la firmeza de sus sentimientos.

Fué la primera que hizo acuñar moneda con su efígie, y cuando el artista encargado de la composicion presentó el modelo que la reproducia sentada magestuosamente sobre un trono, le consideró con satisfaccion primero y luego dijo:

—¿Cómo no reconocer así el poder de una soberana? En efecto, están muy bien los atributos de su rango: el cetro, la diadema, pero... deja algo que desear, no veo en él nada que recuerde que es muger y que debe ejercer ante todos los deberes ságrados, las modestas y secretas virtudes para que la consagró el cielo. De su misma humildad nacia su grandeza verdadera.

A fin de dar desde la suprema elevacion ejemplo de modestia, mandó al artista trocar en rueca su cetro.

Bien sabido es que en estos tiempos los reyes, gefes supremos de justicia no desdénaban ejercer por si mismos el importante cargo de jueces, y tambien que para facilitar el acceso á su persona establecian su tribunal al aire libre y al abrigo á lo mas de algunas encinas elevadas y copudas.

Pues bien, un dia que Libussa cumplia con esta mision importante, vió se la dirigia á pasos lentos y guiado por una muger del pueblo, un anciano ciego y que parecia agoviado de años y de pesares. Su frente anchísima devastada por las tempestades de la vida, su barba blanca, sus ojos fijos y agitados en sus órbitas aunque apagados, y las lágrimas que manaban de ellos hilo á hilo surcando sus arrugadas mejillas conmovian y escitaban compasion y respeto.

Cuando supo el anciano que se hallaba delante de Libussa, murmuró:

—Perdonad mis lágrimas, señora; séame permitido verterlas, yo que sufro tanto.

En seguida continuó con voz mas entera:

—He hecho el camino de mi vida luchando incesantemente con la desgracia; pero hoy me ha vencido su postrero golpe sin dejarme mas fuerzas que para pedir justicia contra el



nfame que condena mis últimos días al abandono y la desolación.

—¿Contra quién alzas tu queja? preguntó Libussa.

—Contra el conde Uldarico.

—¿Y qué te ha hecho ese señor?

—Escuchad, señora; yo era soldado, soldado orgulloso de servir á la patria, ¡la patria! por la cual sacrificara yo todo; tenía yo un hijo único y quise que me siguiese á las batallas.

«Sitiábamos una ciudad rebelde cuya resistencia tenaz hacia sufrir privaciones que agotaban el sufrimiento y el valor de nuestro ejército; solamente el arrojo de un valiente podía asegurar la victoria; era menester que un hombre de corazón montase el primero al asalto á fin de sobreescitar de este modo el ardor de los soldados.

«Mi hijo dió el ejemplo.... ¡Oh! cual fué mi orgullo al verle cubrirse de gloria, y cual mi dolor cuando cayó en mis brazos cubierto de heridas!

«Gracias á su heroico sacrificio imitado con entusiasmo por sus compañeros, nos apoderamos de la ciudad; mi hijo estaba herido mortalmente y la poca vida que le quedaba la debía á su valor y resignación.

«En tanto que mis amigos y yo velábamos á su lado, vinieron á informarnos de que un gran señor, el conde Uldarico se atribuía para con vuestro padre el hecho heroico que arrebató en su juventud al que tanto á su nacimiento me había enorgullecido. Mi indignación no conoció límites; me presenté al soberano, y fuerte con el testimonio de mis camaradas, desenmascaré al impostor.

«El gran duque espidió al punto órdenes para que se tributasen al malogrado joven, víctima de su patriotismo, los honores militares debidos á su noble conducta, espirando así dichoso y bendiciendo príncipe tan justiciero.

«El conde que se vió arrebatado así la corona que estuvo á punto de ceñirle su impudente mentira, se retiró de la corte confuso, despechado, y abrigando íntimo deseo de venganza. Este deseo lo ha dejado crecer hasta el momento de su terrible explosión.

«La dulce compañera de mi existencia no pudo sobrevivir á su aflicción maternal, y el cielo concentrando sus rigores sobre mi cabeza, me arrebató para siempre su divino resplandor, el sentimiento doloroso de esta doble pérdida, apagó para siempre la luz á mis ojos.

«De todos los que había amado en la tierra, no me quedaba mas que un nietecito.... retrato vivo de su padre, á quien me traía incesantemente á la memoria.»

La voz del anciano al proferir las últimas palabras se tamortiguaba: «¡Ah! bien lo conozco, añadió, la herida es mortal, no se cerrará, no!....

«Conrado tenía solos doce años cuando le confió el destino el triste encargo de guiar mis pasos y de consolar mi soledad. ¡Cuánta afición y ternura me prodigaba! cuántos tesoros encerraba su alma pura! Yo, señora, me recreaba en escucharlo contra los riesgos que correría en el porvenir, aunque sin alterar nada de su candor angelico.

«Escuchando á Conrado me parecía oír á los que había perdido, y concentraba en él solo la ternura que antes distribuía entre todos. No vivía sino por él, por él recobraba mi agotado vigor, mi fuerza; por él me calentaba aun el sol!....

«Una noche, ¡noche de iniquidad! cien veces mas tenebrosa que la oscuridad que me rodea, creí oír entre sueños rumores extraños, lamentos ahogados que me sobreco-

gieron de espanto; presté atención y nada sentí.... todo había vuelto á entrar en calma; creyéndome bajo la influencia de una pesadilla, cobré de nuevo el sueño.

«Al despertar por la mañana extrañé que Conrado no acudiera como acostumbraba, á recibir la bendición paternal; le llamé ¡ah! pero en vano; no era ilusión ni engañoso presentimiento lo que había colmado mi corazón de angustias siniestras.... Conrado, mi hijo, mi tesoro, me lo habían arrebatado durante las tinieblas de la noche!.... A mis lamentos acudieron gentes que trataron de consolarme levantando un átomo de esperanza en este corazón quebrantado de pesares; pero todo fué inútil; las almas compasivas movidas á piedad de mi desdicha, nada pudieron descubrir que les guiara tras las huellas de los raptos de mi hijo.

«Y yo padre desgraciado, ciego, ¿qué podía hacer por él? ¿á dónde dirigir mis pasos? Abrumado y silencioso ocultaba mi abandonada ancianidad bajo el techo de mi pobre cabaña.

«Algunas veces mis negras cavilidades me lisonjaban de que restituirían á mi regazo á mi pobre Conrado; con la mirada del alma creía verle... se me figuraba oír su voz; después reemplazaban á este dulce error otras visiones mas sombrías y mas espantosas. Tan pronto se me ofrecía mi pobre niño pugnando por desasirse de las garras de un monstruo, ó bien cubierto de heridas, ensangrentado; el fantasma crecía con el desorden de mi imaginación, y me sentía estremecido de terror en la soledad de mi cabaña.

«Una noche penetraron furtivamente en mi habitación algunos desconocidos; uno se acercó á mi oído y murmuró con acento que me heló de espanto: «¡Anciano, estoy vengado; fuera tristeza! ¡ah! tienes tu hijo!.... Al mismo tiempo percibí al golpe de una masa pesada que arrojaban sobre el lecho en que otras veces reposaba Conrado, y en seguida rumores de pasos de gentes que huían precipitadamente. Aunque sobrecogido de terror, aun tuve fuerzas para dirigirme á aquel sitio tan amado.... ¡Recuerdo horrible! toqué el cuerpo inanimado, los restos contraídos de mi desventurado nieto.... Al principio juzgué que me engañaba, que querían jugar una burla á mis angustias; mi mano recorría en todos sentidos su helado rostro.... ¡Oh! era él. Los bárbaros habían arrebatado al pobre niño, tan joven, tan bello, tan lleno de vida y solo me restituían un cadáver!....»

Los que escuchaban quedaron petrificados de horror.

El anciano prosiguió:

«No puedo asegurar cuanto tiempo duró mi delirio.... Cuando recobré la razón, una muger, la que me ha guiado hasta aquí, velaba á la cabecera de mi lecho prodigándome los cuidados mas tiernos, los dulces consuelos de una amiga.

«Cuando pude cobrar un poco de tranquilidad, me dijo había huido de la casa del conde Uldarico y llegado hasta mi para cumplir un deber sagrado, una santa promesa. El nombre del conde trajo á mi memoria el principio de todas mis desgracias; á mis reiteradas preguntas vaciló contestar, pero luego mi insistencia triunfó de sus escrúpulos y penetré en toda su extensión el negro misterio.

«Ese noble señor ha esperado la muerte del príncipe cuya formidable justicia temía para volver á Budetz y cometer su infame atentado. Dueño ya del niño, sordo á sus súplicas y lágrimas, vió sin comoverse como alteraba la razón del pobre mártir el sentimiento de nuestra separación y le dejó morir de amor y desesperación.

«En vano procuró salvarlo esta digna muger; espiró en



sus brazos y le encargó suplicante, en el momento supremo, cortando con desfallecida mano un bucle de sus hermosos cabellos, viniese á informarme de su suerte:

—«Tomad, la dijo, llevad á mi padre ese recuerdo de mi cariño: habia jurado volver á su lado, los crueles me hacen faltar á mi juramento!....»

«Terminada la velada fúnebre de mi hijo, ordenó el conde á la piadosa camarera saliese del aposento en que yacia el cadáver; entonces vió escondida desde un rincon como su amo desgarraba con un cuchillo el pecho del inocente niño y estraia su tierno corazon.

«El noble señor temió ser descubierto por esta desgraciada muger y trató de comprar su silencio con otro asesinato; mas ella sospechando su proyectó huyó de la casa y se refugió á mi lado.

«Ahora, esta generosa criatura que ha cumplido su encargo hasta el fin, puesto que me ha guiado hasta vuestros pies, para abrigarme con la poderosa égida de vuestra proteccion, va á restituirse á los suyos, es madre y su familia la reclama; yo, señora, despues de aplacados los manes de mi hijo me retiraré á mi soledad, testigo único de mi agonía, donde exhalaré mi postrer suspiro.»

El infortunado anciano guardó silencio y con su cabeza postrada sobre el pecho aguardaba con resignada desesperacion escuchar la voz de la princesa.

Libussa permanecia como sumergida en profundas reflexiones y todos atribuian su recogimiento á la impresion producida por la relacion del anciano á pesar de la impaciencia y secreta turbacion que revelaba su bellissimo rostro.

Todos esperaban el mandato de que compareciese el culpable, mas Libussa se mantenía sin proferir una palabra.

Por fin se decidió á hablar, pero fué para producir el asombro y la consternacion general; Libussa significó con voz mal segura, que diferia su decision hasta la mañana siguiente. Nakbar no habia venido aun á Budectz; al otro dia madrugó mas que la aurora. Libussa despues se presentó en el tribunal radiante de aplomo y grandeza.

Mandó comparecer al conde Uldarico que se presentó con ademan arrogante y firme, y se indignó violentamente al escuchar la acusacion que se le dirigia, ofreciendo por testimonio de su inocencia los numerosos criados de su casa, y conjurando á la princesa no le condenase en virtud de las calumnias de una muger vendida sin duda á sus enemigos, y sin otra prueba que un anciano ciego privado hasta de reconocerle.

Al oirle, sobrecogió al anciano tal sentimiento de horror, que ordenó Libussa le apartaran de allí por algunos instantes á fin de no escitar sus pesares.

—¡Malvado, impostor! dijo en seguida al conde. ¿Tú ignoras que puedo confundirte?

Al mismo tiempo habló en voz baja á uno de sus criados, el cual puso en sus manos una cajita de bronce; su aparicion en aquel momento arrancó un grito de sorpresa y de cólera al asesino.

Estaba desolado uno de sus planos, y arrancándole sin esfuerzo la duquesa, presentó á las asombradas miradas de todos, un corazon de niño depositado en un lecho de mármol en el cual estaba grabado el nombre de Conrado, y mas abajo esta lacónica inscripcion: «Raza de mis hijos, aprended por mi ejemplo el castigo que un Uldarico impone á sus enemigos!»

—¡Maldicion! exclamó confundido el bárbaro. ¿Qué sorti-

legio, muger sobrenatural, te ha descubierto esa caja que yo mismo he depositado en la tumba de mis antecesores, en ese panteon que no debe abrirse sino para hacerme sitio á su lado? ¿quién ha podido venderme? nadie me ha visto; ¿que génio invisible te ha revelado secretos que todos ignoran?

Libussa replicó con severa gravedad:

—El que por su sabiduria ha guiado constantemente mis pasos; el que lee en el fondo de las almas los buenos y malos designios que pueden concebir. ¡Nadie dices que te ha visto! ¿el camino que llevaste, es el único que conduce al sepulcro de tus abuelos? ¿no existe otro? ¿un tránsito subterráneo? ¡Tiembla, desgraciado! allí es donde la mirada del justo se ha apoderado de tu crimen para señalarle á mi justicia.

Oyendo describir con tanta exactitud el misterioso recinto que juzgaba impenetrable, quedó petrificado de terror el conde sin atreverse á alzar la vista ante su irritada soberana.

Libussa dejó la caja y ordenando se acercase el anciano, dijo dirigiéndose á él:



—Anciano, á ese miserable que te moviera á compasion si pudieras verle palidecer y temblar en tu presencia, le despojo de cuanto posee; de sus riquezas, sus honores y su patria; nada le queda ya.... nada! ¡Oh sí! en la apartada region donde para siempre le destierro no tendrá á su hija, jóven, bella y sensible, para que dulcifique su pobreza y su soledad; te ha arrebatado tu hijo, toma tú su hija; no para ofrecerla como victima espiatoria á los manes del mártir, que la sangre no enjuga lágrimas, sino para que sea tu compañera inseparable, para que esparza en derredor de tu senectud árida y desencantada su perfume de quince años. Conozco su corazon y aceptará gustosa esta santa mision; la piadosa ternur-



de que te rodee, mantendrá suspendida la euchailla sobre la cabeza del que no es digno de haberla dado la vida.

Calló la duquesa al mismo tiempo que con mirada exaltada y ademan de doloroso agradecimiento se arrojó á sus plantas una jóven, jurando someterse á las decisiones de su soberana. El anciano besaba las manos de Libussa y no faltó mucho tampoco para que los bohemios todos la tomasen por una divinidad.

### III.

Cuando mas firme se creia Libussa en la cúspide del poder y en la plenitud de su gloria, y mas alejado su pensamiento de toda vicisitud terrestre, comenzaron en su mismo palacio de Budetz, donde solo se oian poco ha las voces de todos como una voz inmensa deshaciéndose en alabanzas, sordas murmuraciones y mal reprimidas quejas. En honor de los bohemios debe manifestarse que nunca les hubiera venido á mientes el deseo de tornarse contra una princesa que les hacia verdaderamente felices, si á ello no les escitara las pérfidas maquinaciones del conde Uldarico. Este criminal orgulloso, esta alma llena de cólera y venganza, empleaba desde el rincón de su destierro todos los recursos de su malvada diplomacia para derrocar el poder de la jóven princesa. Sus emisarios hacian circular á propósito de ella rumores infamantes y sembraban la desconfianza en el corazon de sus adictos.

Poco á poco fué creciendo el descontento; se murmuraba ostensiblemente y Libussa hasta entonces desapercibida de la tempestad que sobrevenia, tuvo que convencerse de que menguaba su prestigio entre los señores de la corte.

Una noche convocó á todos y les pidió cuenta de las murmuraciones estrañas y anécdotas insolentes que zumbaban á su oído hiriendo su dignidad de soberana. Uno de los bárbaros á quien interrogó con mesurada altivez, se atrevió á contestar:

—Los hijos de Bohemia son valerosos y fuertes y no quieren ser mas tiempo gobernados por una muger.

Todos manifestaron adherirse á esta proposicion.

—¿Y de qué me acusais á mí? preguntó la duquesa á los revoltosos.

—De nada, señora, de nada, exclamó terciando otro mas delicado cortesano; solo sentimos no hayais aun elegido un esposo á fin de darnos con el fruto de vuestro himeneo, un sucesor de vuestra misma sangre, un heredero de vuestras sublimes virtudes.

Libussa contestó con una sonrisa de incredulidad á las palabras del adulador; conocia demasiado que no era el objeto insinuado el verdadero de la rebelion de los bohemios. En seguida armándose de toda su altivez, les reprendió con espresiones enérgicas su ingratitud, mas no conmovió su elocuencia; acogieron con indiferencia y frialdad el discurso de aquellos lábios que en tantas otras ocasiones habían escitado el entusiasmo. Al silencio desaprobador que manifestaron al principio siguió la impaciencia y despues tumultuoso clamoréo de voces que apagaban el acento de Libussa, diciendo:

—Que se case nuestra duquesa, si, que se case y obedeceremos á su esposo.

Al aspecto de aquellos hombres á quienes sus costumbres hacian por decirlo asi feroces, se apoderó del ánimo de la pobre jóven un sentimiento de terror del que no hubiera podido

do triunfar sin el socorro de su maltratado amor propio. Con ademan imperioso tendió su cetro en medio de los rebeldes:

—¡Aguardad! dijo.

Pálida de emocion quedó suspensa y reflexiva; parecia agitada por los mil sentimientos opuestos de una lucha violenta. No era difícil adivinar trataba de apoderarse de su mente un pensamiento sembrado de encantos, recuerdo lisonjero, fantasia del corazon que se complacia tan pronto en acariciar como en desterrarlo de su mente. Por fin, como acontece con frecuencia, cedieron todas las consideraciones ante el grato recuerdo que restituia á sus mejillas el carmin robado por el sobresalto; y decidida á tomar una firme resolucion, recobró su presencia de ánimo, entreabrió sus lábios una sonrisa de celestial satisfaccion y se animó su mirada con el brillo de la esperanza. La multitud que la rodeaba se sintió penetrada de arrepentimiento y respeto creyéndola inspirada por la impresion de una revelacion divina.

Libussa pronunció con voz pausada y solemne estas palabras:

—Puesto que no debo oponerme á vuestros deseos, tranquilizaos; antes de tres dias conoceréis al que debe ayudarme á sostener el peso de la diadema.

En seguida se retiró dejando profundamente sorprendidos á todos.

Los soberanos de este tiempo no contraian enlaces sino con los grandes de su mismo pais, porque aliándose á otras potencias hubieran temido cayese algun dia su patria bajo el dominio de los estrangeros. Fácil es concebir las esperanzas ambiciosas y atrevidos proyectos que surgirían entre los nobles.

A pesar del corto plazo designado para cumplir Libussa su promesa, crecia por momentos la ansiedad pública; por fin mostróse la aurora de este dia venturoso.

La princesa no se presentó con suntuosas galas; vestia sencillamente, sin mas adorno que una corona de hojas de acanto sustituida á la corona ducal que por su propia mano queria ceñir á la cabeza de su esposo.

Nombró quince señores de los mas distinguidos de su corte para salir al encuentro del misterioso é ignorado elegido; preguntó si Nakbar estaba á la puerta del palacio precisamente en el momento mismo que llegaba, y merced al génio que le enviaba á la princesa con tanta exactitud, venia no solamente para tomar parte en la solemnidad, sino que venia dignamente; sus arreos y guarniciones eclipsaban en riqueza los de todos los demas corceles. Su recortado sillín de armiños descansaba sobre una mantilla de seda bordada de magníficos diamantes.

Despues de acariciarle mas que en ninguna de sus anteriores visitas, dijo Libussa á los embajadores: «Seguidle, que os conducirá hasta el que debe reinar sobre vosotros y sobre mí.» Unos quedaron atónitos de asombro y otros de despecho. Las risueñas ilusiones que habian surgido estaban desvanecidas; mas á pesar de todo, acostumbrados á acatar las improvisadas inspiraciones de la duquesa, no tuvieron aliento sino para obedecer, comenzando á marchar precedidos del caballito blanco.

Este parecia comprender la importancia de su mision, pues olvidando la loca vivacidad que le caracterizaba, caminaba con aire grave y mesurado como un rey rodeado de su corte; pudiera decirse le guiaba una mano invisible.

Los embajadores cruzaron de este modo la ciudad y



despues los campos inmediatos; mas cuando llegaron á orillas de un bosque vecino, comenzaron á murmurar juzgando habia querido la princesa jugarles una burla.

La entrada del bosque cubierto de maleza y espesura no anunciaba vestigio alguno de habitación; sin embargo, á poco trecho descubrieron por entre un claro practicado entre algunos árboles despojados de sus ramas inferiores una cabaña rústica en cuyo umbral sentado sobre un arado, se veía un labrador en actitud de descansar de sus fatigas.

Iban á pasar adelante sin dignarse ni aun dirigir una mirada sobre aquel solitario albergue y su rústico poseedor, aunque jóven, arrogante y bello, cuando con sorpresa de todos les abandonó Nakbar relinchando de contento y llegó delante del desconocido ante el cual plegó sus manos contra sus blancos pechos, como queriendo prosternarse.

Los enviados quedaron sobrecogidos de respeto en presencia del hombre á quien hasta los animales adoraban como una divinidad.

Algunos observaron en él cierta semejanza con el aldeano desconocido que en otro tiempo habia salvado la vida al caballo de la duquesa.

—¿Cómo te llamas? le preguntaron.

—Premisas.

—¿Sabes lo que nos trae a estos sitios?

—Sí, replicó el labrador con voz entera y mesurada; sé que me quieren confiar los dioses la gloria de los bohemios y la felicidad de Libussa.

Hablando de esta suerte hizo una seña á Nakbar que se alzó con gracia, y saltando con ligereza sobre el caballo, tomó el camino de palacio, acompañado de la lucida comitiva.

La princesa y el labrador avanzaron al divisarse; se encontraron sus miradas; la de Premislas radiante de apasionado agradecimiento; la de Libussa vertiendo amor y sumisión. La joven tomó su rica y pesada diadema, tan pesada que ya una vez había velado su rostro encantador de tristeza y abatimiento, y la ciñó á la frente de Premislas, frente llena de fuerza y magestad, que apenas percibió su ligera presión.

La seductora joven se cogió del brazo de Premisas, del mismo modo que se abriga un rosal bajo una encina poderosa, como un niño en el regazo de su madre, y de esta suerte le guió hasta la sala del espléndido banquete que debía preceder a la celebración de su enlace.

Sin duda que el lector habrá adivinado que Premislas y Libussa no eran enteramente extraños uno á otro. Condiscipulos en la escuela de Budetz, franca al pueblo lo mismo que á la mas encumbrada nobleza, comenzaron á amarse desde que se vieron. La princesa comprendió muy pronto la superioridad del labrador sobre todos los que le rodeaban, y el labrador se penetró de respetuosa admiracion, de tierno interés hácia la belleza y candor de la princesa. Pero, sin embargo, aunque la simpatia irresistible que enlaza los corazones, tendia á reunirlos, la distancia incalculable del rango debia separarlos eternamente.

Después de la muerte del gran duque decidió Premislas proteger secretamente a su amiga convirtiéndose en su ángel custodio: él la franqueó las gradas del trono enseñándola a reinar; él fue quien la inició en las tramas que se urdían y quien convertía la tímida cordera en leona embaucada; e

también quien enviaba á palacio todos los dias al fiel Nakbar que bajo su mantilla conducia para Libussa algun escrito misterioso formulado en caracteres cabalísticos aconsejando las sentencias que debía pronunciar ó la marcha que debía seguir. Ultimamente, este ingenioso medio de comunicacion hizo cayese en manos de la duquesa la cajita del conde Uldarico. Este era, pues, el origen de los arranques de genio de que tan frecuentemente se poseia su alma.

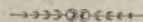
Libussa aprovechó con tanto acierto las lecciones del joven labrador, que prosiguiendo la senda misteriosa que la había trazado, llegó hasta poner el cetro de su padre en manos del que de hecho extendía sobre Bohemia su bienhechora dominación.

Esta verídica historia manifiesta bien claramente que no eran mas que seres de inteligencia superior, aquellos que en los siglos de barbarie é ignorancia calificaba el vulgo de hechiceros y nigrománticos.

Premisas y Libussa gozaron de largo reinado; la ciudad de Praga debe su fundacion á estos dos ilustres esposos.

Jóvenes, si leís estas líneas, no penseis tienen por objeto demostrar que una muger no puede decidir y gobernar sin el auxilio de un hombre. Hartos ejemplos notables, pruebas evidentes de lo contrario se ofrecen á vuestra memoria para combatir máximas de esta naturaleza; nos hemos propuesto referir un hecho y no un ejemplo que imitar. Hay fases en la vida en que nos es menester hacer patente el tesoro de valor y energia moral que todas poseemos en el fondo del corazon. Dios, otorga á cada uno de sus hijos las dotes que les son necesarias. Recordad que la pobre Libussa era pagana y que vivimos bajo el imperio de una religion divina que infunde aliento al débil y genio á la virtud.

AGUSTINA MASSON.



LA ANUNCIACION.

ODA.

DEDICADA A DON AURELIANO FERNANDEZ GUERRA Y ORBE.

¿Qué nuncio divino  
desciende veloz,  
moviendo las plumas  
de vario color?

¡Musa! al Númen implora:  
la mansion del Eterno en nueva llama  
arde y brilla á deshora:  
victoria el cielo clama  
y el tartáreo querub horrendo brama.

En canto, di, süave,  
como Gabriel en su veloz carrera  
mas que del Arca el ave  
huyendo rauda la esfera,  
nuncio de paz del que en el cielo impera.

Y en el eter, flotante,  
las ígneas alas desplegando vuela  
como en la mar sonante  
nave de inflada vela,  
en pos dejando nacarada estela.

Nunca vertió lucero  
mas puro en la alta bóveda su lumbré :



nunca midió agorero  
astrólogo en su cumbre,  
de cometa mayor la pesadumbre.

No brilla tan hermoso,  
rey de cerúleo campo tachonado,  
Héspero glorioso:  
no tan bello, inflamado,  
relumbra el sol en el cénit rosado.

Y vá de serafines  
cercado en torno, y de sus arpas de oro:  
alados querubines  
en refulgente coro  
lanzan al airé cántico sonoro.

Los espacios celestes  
leve, rápido, ardiente, cruza y dora:  
mil angélicas huestes  
su marcha vencedora  
celebran desde ocaso hasta la aurora.

Mensagero divino,  
aromas, canto y luz al puro cielo  
desaparece en su camino;  
y el flamígero vuelo,  
mudo el orbe de asombro, abate al suelo.

Si no vienes de guerra,  
¿del reino de la luz porqué declina  
tu marcha hácia la tierra  
dó la virtud camina,  
ausente de su patria, peregrina?

Teme, arcángel radioso,  
del ángel de Sodoma la impia suerte;  
al cielo presuroso  
los pasos ¡ay! convierte,  
y deja el hombre en brazos de la muerte.

Mas no; que vá guiado  
por el que en noche oscura rige el freno  
del rayo desatado,  
cuando al fragor del trueno  
tiembla de Atlante el cavernoso seno.

Ni en su diestra la espada,  
de Adán azote en la mansion serena,  
resplandece irritada:  
luce, de mancha agra,  
en la siniestra mano alba azucena.

Y entre vivos fulgores  
que de zafiro, y púrpura y topacio  
con brillantes colores  
alegran el espacio,  
en pobre estancia, para Dios palacio.

El parainfo hermoso,  
inclinándose á ti, dulce María,  
prorrumpe armonioso  
en canto que decia,  
igual al de tu voz en melodía:

«¡Salve! de mancha pura,  
«de gracia llena y del Señor amada:  
«bendita criatura,  
«en la tierra apartada  
«para ser de Jesús madre adorada.»

Dijo; y los altos montes  
las selvas y los antros repitieron  
su voz: los horizontes

en dulce llama ardieron:  
los demonios en ira se encendieron.

Las empiresas regiones  
flores envían: ondéante nube  
de argentados vellones  
hierva, se esparce, sube,  
y púdico cendal viste al querube.

Y las auras rompiendo  
voz que á los hombres redención augura  
do quier vá repitiendo:

«¡gloria á Dios en la altura;  
«paz en la tierra á la conciencia pura!»

¡Virgen que coronada  
de estrellas junto á Dios reinas dichosa  
sobre soles sentada:  
medianera piadosa  
que su cólera aplacas temerosa!

¡Tú que del mónstruo horrendo  
vencedora inmortal, con firme planta  
el dardo reblandiendo  
oprimes la garganta:  
de la tierra deidad que el cielo canta!

Al nuncio te postraste  
absorta y muda sobre el suelo frio,  
y, púrpura, exclamaste  
en arrebató pio:

«¡cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!

Y no tan pronto ofrece  
salida el labio á tu divino acento,  
cuando el fulgor acrece,  
y dá su blando aliento  
la mística paloma al vago viento.

Y llega ya, y suspende  
las albas plumas sobre tí amorosa;  
y tal volcan desprende  
sobre la casta esposa  
de fecundante llama generosa,

Que con la faz velada  
los ángeles se inclinan reverentes;  
y al ver la union sagrada,  
que es salud de las gentes,  
al polvo humillan las radiosas frentes.

Asi por siempre unida  
quedó la tierra al cielo, y cesó el llanto  
en que vivió sumida.

Forma el iris en tanto  
en arco inmenso una diadema al Santo.

Borre el hombre, infamante  
de la primera culpa el fallo escrito  
en su frente arrogante:  
mas que el de su delito  
el raudal de perdon es infinito,

Del númen poderoso  
que no cabe en el tiempo ni en el mundo,  
y se encarna piadoso  
en el seno fecundo  
de casta virgen con amor profundo.

Venciste ¡oh Dios! venciste;  
por frágil mano de muger victoria  
de Luzbel obtuviste:  
cielo y tierra en memoria





himnos le canten de alabanza y gloria.  
Nunca mejor corona  
ciñó á una sien la musa que descuella  
en profano Helicon,  
que la que adorna bella  
su magestad de madre y de doncella.

¡ Madre de la esperanza !  
¡ pura estrella del mar que en blando giro  
anuncias la bonanza !  
Yo, náufrago, te miro,  
y envuelto va tu nombre en mi suspiro.

R. M. BARALT.

## GLORIAS DE ESPAÑA.



Muerte de Teodored.

### LA DERROTA DE ATILA.

I.

Era ya casi trascurrido el primer tercio del siglo V, y un no estaban completamente renovados los destinos de la antigua Europa, invadida por estrañas y belicosas nacio-

nés. A las primeras invasiones de los pueblos del Norte, que se habian precipitado sobre las provincias del imperio romano como un torrente devastador, habian sucedido en el año de 427 otras invasiones y otras conquistas mas crueles y aterradoras. Ya no eran los suevos y alanos, ansiosos tan solo de fijarse en un clima fértil y templado, ni eran los valientes



visigodos, ni las hordas errantes de los vándalos, deseosos de aniquilar cuanto llevase el nombre romano: eran los hunos, pueblos tan bárbaros como feroces, que animados del espíritu de conquista y conducidos por el genio destructor del vengativo Atila, llamado *el Azote de Dios*, se habían apoderado ya de varios estados de Europa que arruinaban para siempre, puesto que solo dejaban en pos de sí muertes, ruinas y desolación.

Cuando la belicosa nación de los hunos, no cabiendo ya en los límites del Ponto Euxino, se derramó por toda la Europa, fué en tan escesoivo número, que al invadir las Galias después de mil encuentros, todavía al decir de algunos historiadores, contaba Atila con el prodigioso número de quinientos mil combatientes. Semejante multitud y su reputación de barbarie aterraron de tal modo á Aecio, general romano que mandaba en las Galias, que inmediatamente replegó todas sus fuerzas incapaces de resistir á tal torrente, y trató de concertarse con Meroveo, rey de los francos, para resistir unidos al enemigo común. Meroveo, confiado en sus guerreros y en sus recientes victorias, no se inquietó con los progresos de los hunos, hasta que en plena corte recibió el mensaje siguiente:

—Hácese saber á Meroveo, titulado rey de estas provincias, como se acerca á su territorio el poderoso Atila, á quien está cometido por la Providencia el dominio del mundo: se le da este aviso á Meroveo para que se apresure á recibir y reconocer á Atila como á su legítimo señor.

Tan arrogante é inusitada intimación, llenó de ira á Meroveo, que sin tener presente el poder de su enemigo, contestó resueltamente al enviado:

—Te perdono el castigo que merece tu osadía; pero es solo para que vuelvas á anunciar al bárbaro que te envía, que en pos de tí voy yo á rechazar y escarmentar á los que han osado invadir mi territorio.

Los altivos francos aplaudieron con entusiasmo las palabras de su rey: solo Aecio no daba muestras de aprobación antes dirigiéndose al monarca, le dijo:

—Esos numerosos enemigos, esos indomables bárbaros, no pueden así despreciarse: lejos de salir á su encuentro, preparémonos para resistir unidos su pronta y brusca acometida.

—¿Luego tú crees que hayan concebido seriamente la idea de apoderarse de mi reino?

—Creo además que nada habrá que pueda impedirselo.

—¿Tan formidables supones á esos bárbaros?

—La valentía y la fuerza brutal de los hunos es lo que mas aun que su escesoivo número los hace tan temibles; ellos que manejan con ligereza las armas mas pesadas, que dominan y sujetan caballos con extraordinaria fuerza, desprecian nuestras armaduras impenetrables; porque su cutis mal encubierto con la piel de alguna fiera que vencieron en la montaña y curtido con los hielos del Norte, suele rechazar tambien los dardos enemigos.

A estos añadió Aecio otros pormenores, llegando á convencer á Meroveo de que corría un verdadero peligro, y de que para conjurarle era indispensable que no solo reuniese sus fuerzas á las legiones romanas que aun se conservaban en las Galias, sino que llamase á su auxilio al rey de España Teodoro, tan interesado como el que mas en resistir al enemigo común, puesto que el feroz Atila, dueño que fuese de las Galias, no tardaría en lanzarse sobre los fértiles campos de la península.

Comprendió el monarca español lo urgente del peligro, la necesidad de atajar los pasos del altivo conquistador; así es que inmediatamente aprestó sus tropas y prometió hallarse con sus hijos y lo mas florido de su ejército en el sitio del combate.

## II.

No había encontrado Atila un obstáculo tan serio para llegar al imperio del mundo á que aspiraba, como el que le presentaban en los campos de Francia los ejércitos de esta nación, reforzados con el de España y las legiones romanas. De victoria en victoria y subyugando todo el Oriente, la Pannonia y la Germania, había llegado el temible conquistador á la frontera de las Galias, bien persuadido de que estaba destinado por la Providencia para castigar y dominar al mundo. Llevándolo todo á sangre y fuego, invadió sin titubear el territorio de las Galias, y llegó á poner sitio á Orleans; pero le levantó apresuradamente así que, admirado de que hubiese gente capaz de resistirle, supo que se acercaba el ejército de los confederados. Cerca de Chalons, á orillas del Marne, y en el territorio de la antigua *Catalaunum*, se avistaron ambos ejércitos, tan notables por el escesoivo número de combatientes, como por la diversidad de armas, trages, y costumbres.

Llenaban por una parte la campaña los feroces hunos, de cabeza gorda y disforme, ojos pequeños y espinazo algo encorvado: muchos de ellos no llevaban mas vestimenta que la piel de algun oso ú otra especie de alimaña, y había tambien otros sin mas armas que el arco y la flecha. A la otra parte, distinguíase á los francos de elevada estatura con sus largas espadas y sus túnicas cortas que no pasaban de la rodilla, á los visigodos españoles con su larga cabellera que bajaba á descansar sobre el pecho; y por último, contrastando con esta dureza, brillaba el traje militar de los romanos, armados de lanza y escudo, además de la espada ó machete de dos filos colgando del inseparable cinturón de cuero.

Ver el impetuoso Atila las divisiones enemigas y tomar las disposiciones para acometer, todo fué una misma cosa; pero con gran sorpresa suya, los adivinos y agoreros de su ejército que jamás le habían inquietado ni puesto obstáculo en sus empresas, le salen entonces al paso, conjurándole para que desista de dar la batalla. Atila, que no es supersticioso, cree que en el punto en que ya se hallaban las cosas, desistir de la empresa seria una prueba de cobardia, y rechazando á los agoreros y desechando sus funestos presagios, sale animoso al frente de sus tropas. Allí blande su formidable espada: aquella espada de carácter sagrado, puesto que Atila suponía ser la misma del dios Marte, hallada en las entrañas de la tierra, para poner en sus manos un poder incontrastable.

Los hunos se entusiasman á vista de aquella arma maravillosa, y se aprestan al combate; los gefes acuden decididos á jurar por ella, y dichosos los que con la punta de sus armas pueden tocar aquel acero sagrado que tal poder y tal prestigio da á su gefe. Todo el ejército, enfin, da la señal de la pelea, repitiendo con atronadora vocería el acostumbrado grito de guerra.—¡Atila! ¡Atila!

## III.

Empezó el combate con un diluvio de flechas; pero era tal el ansia que los combatientes tenían de acometerse, que



muy en breve cesaron las armas arrojadas estrechándose las distancias para venir á las manos. Forzoso era entonces combatir cuerpo á cuerpo y sin descanso, sucediéndose un nuevo enemigo al que se acababa de exterminar. Atila logra á costa de inauditos esfuerzos romper y deshacer el centro enemigo, revolviendo sobre la izquierda mandada por Meroveo, para envolverla y desbaratarla, como así lo consigue; pero el ala derecha que resiste tenazmente le arrebató la victoria y le hace acudir sobre ella con todo el grueso de sus fuerzas. Mandaba allí Teodoredo que había tenido la precaución de dejar un cuerpo de reserva mandado por sus dos hijos Turismundo y Teodorico, y estos valientes jóvenes cuando advirtieron á su padre empeñado en contrarestar todo el poder de Atila, y notaron que sucumbía é iba á ser envuelto por los enemigos volaron á su auxilio, sin esperar la señal convenida para bajar de las colinas que ocupaban. Lo impetuoso é inopinado del ataque sorprende y desconcierta á los bárbaros, embarazados en su misma muchedumbre. En vano Atila, haciendo prodigios de valor, trata de restablecer el orden, los hunos ceden, se apiñan, se estorban unos á otros, y al fin vuelven la espalda á los visigodos españoles que hacen en ellos una espantosa carnicería. El campo queda lleno de cadáveres, y si Aecio, por una falsa política, que luego hubo de serle funesta, no hubiese dejado de coadyuvar al triunfo como era debido, allí hubiera muerto Atila y allí hubiera acabado la poderosa nación de los hunos; pero de todos modos el triunfo es decisivo, los feroces conquistadores son completamente derrotados, y el universo respira.

Atila, conociendo los efectos de semejante derrota, y poseído del mas violento despecho, quiere en el primer arrebato de su furor arrojarle en una hoguera que se le presenta; pero los suyos le contienen y le sacan del campo. Queda este por los confederados, cuya pérdida es de poca importancia atendida la victoria que acaban de conseguir, y solo en el ejército español hay una pérdida verdadera é irreparable; la del heroico rey Teodoredo. Cuando sus hijos lograron sacarle del medio de los enemigos, ya fué herido de muerte y próximo á espirar. Los guerreros consternados se precipitan y agolpan alrededor de los que conducen al desventurado monarca, de cuyos labios no sale un quejido á pesar de lo acerbo de sus dolores, y cuyas fuerzas disminuyen con la sangre que le corre de la cruel herida. Pregunta afanoso por el resultado de la batalla.

—Hemos vencido, le contestan unánimemente.

—Solo así moriré contento, dice Teodoredo, que leyendo la consternación en los rostros de los que le rodean, esclama débilmente:

—¿Por qué afligirse, nobles godos, puesto que muero valerosamente y con la alegría del triunfo?

Cuando el rey Teodoredo exhaló el último suspiro, los guerreros, cortado el cabello y con las lanzas vueltas hacia abajo, hacían la guardia al cadáver colocado en medio del campamento. Otros acudían á depositar sus armas al pie del féretro, y otros cantaban himnos en su honor. Despues, cuando todo el ejército triunfador se puso en marcha para volver á España, una fúnebre comparsa iba en el centro escoltando los restos mortales del ilustre gefe que á tanta costa había salvado á su país.

F. FERNÁNDEZ VILLABRILLE.

## EL MIERCOLES DE CENIZA.

TRADUCCION DE JORGE JACOBI.

Basta de bailes; cesen los cantos de alegría; aquí, en el severo silencio de la piedad, hablen las coronas fúnebres y una cruz hecha con ceniza nos diga: ¡Todo cuanto ha nacido en la tierra, se convertirá en polvo y ceniza!

Que desde los altares penetre este grito en los palacios, que interrumpa los festejos, que se oiga en los reales salones en lugar del estrepitoso choque de las copas del festín; porque aquellos que empuñan el cetro, y ciñen una esplendente corona, se convertirán también en polvo y ceniza.

Que en los sitios donde se elevan trofeos, en los sitios donde triunfan los conquistadores, donde tiemblan los pueblos, resuenen sordamente estas palabras: ¡Todo el que ciñe el victorioso laurel se convertirá en polvo y ceniza!

¡Cómo combaten! ¡Cómo se agitan! ¡Cómo buscan! ¡Cómo maldicen lo que han encontrado! El espíritu inquieto amontona rocas para dejarlas en seguida. ¡Todo lo que se agita en el mundo se convertirá en polvo y ceniza!

¡Acude al templo! Jóvenes, y ancianos se encaminan á él; la madre tierna estrecha á su hijo contra su seno. ¡Todo lo que florece y mueve en este suelo se convertirá en polvo y ceniza.

¡Ay! semejantes á las aguas, millares de seres vinieron y se fueron. Sus nombres han quedado olvidados, sus osamentas están debajo de las piedras que se rompen, ¡porque todo lo que nace en la tierra se convertirá en polvo y ceniza!

Abandonado del mundo, sin amigos, sin descanso, la fidelidad observa en un sepulcro abierto. ¡Lo que ama aquí abaja tan poderosamente, se convertirá en polvo y ceniza!

Quejas amargas se oyen en los mas risueños días de primavera. Es la esposa del genio, que gime, pues su bien amado no es mas que una sombra. No, el amor no puede perecer, lo que muere resucitará.

¿Y aquel deseo fraternal de enjugar todas las lágrimas? ¿Aquella caridad que llena la mano del pobre, que paga al odio con beneficios? No, todo esto no perece; ¡lo que muere resucitará!

Los que dirigen sus miradas al cielo, que sustentan una divina esperanza, que se apartan del mundo de las ilusiones, que se arrodillan delante del altar: ¡oh! ellos resucitarán, porque la fé no puede perecer!

Los que se entregan al padre de las almas, y que puros del polvo terrestre, divisan con su imaginación el celeste fin, ¿perecerán también? No, ¡porque la esperanza no muere!

Acude á los altares silenciosos; aquella cruz de ceniza es el emblema de la muerte.... pero el espíritu será purificado.

### DESALIENTO.

En una ocasión los hombres se quejaron á Dios y le dijeron:

«Vos, Señor, nos habeis dado la razón para conducirnos, el pensamiento para comprenderos, el corazón para amarnos mutuamente y para bendeciros. Pero ¿con qué objeto? todas estas cosas nos fatigan demasiado. Ved á los animales que no tienen nada de eso y sin embargo viven, sienten, gozan, son mas felices que nosotros, y deseáramos ser como ellos.» Dios respondió: «Hágase conforme lo desean,» y los hombres pasaron al estado de los animales.

Pero bien pronto se quejaron á Dios y le dijeron:

«Vos nos habeis dado ojos para ver, miembros para an-



dar, voz para llamarnos, oídos para escucharnos; pero ¿con qué objeto? Todas estas cosas nos fatigan demasiado. Ved las plantas que nada de esto tienen, y sin embargo viven, y son mas felices que nosotros; desearíamos ser como ellas.» Dios respondió. «Qué se haga conforme lo desean.» Y los animales pasaron al estado de las plantas.

Pero pronto se quejaron á Dios y le dijeron: «Nos habeis dado raíces que es necesario sumergir en la tierra, hojas que agita el viento, flores que es preciso dejar que se abran, frutos que es necesario llevar; ¿pero con qué objeto? Todas estas cosas nos fatigan demasiado. Ved las piedras que nada de esto tienen, y sin embargo, existen y son mas felices que nosotros. Desearíamos ser como ellas.» Dios respondió: «Que se haga conforme lo desean.» Y las plantas pasaron al estado de las piedras; y el mundo no fué mas que una masa inerte, sin voz, sin alma, y rodaba silenciosamente en los espacios. Y el genio de la muerte se sentó sobre esta materia informe, y emanó de ella una especie de vapor húmedo y corrosivo, que consumió lentamente la piedra, y Dios consintió que su obra se redujese á la nada, de donde él mismo la habia sacado.

CARLOS DIDIER.

## LA PERDIZ.

Quand la perdrix  
Voit ses petits

En danger, et n'ayant qu'une plume nouvelle  
Qui ne peut fuir encor par les aîrs le trépas,  
Elle fait la blessée, et va traînant de l'aile,  
Attirant le chasseur et le chien sur ses pas;  
Détourne le danger, sauve ainsi sa famille;  
Et puis, quand le chasseur croit que son chien la pille,  
Elle lui dit adieu, prend sa volée, et rit  
De l'homme, qui, confus, des yeux en vain la suit.

Exacto hasta en sus mas ténues pormenores es el cuadro que retrata la fabulita que encabeza nuestro artículo. Son innumerables los inocentes ardides que emplea la perdiz para salvar su familia; cazadores, labradores y naturalistas han observado en mil ocasiones su valeroso instinto paternal. A veces, despues de estraviar los perros atrayéndolos lejos del nido y remontando el vuelo, vuelve á pasar á tiro de ala por delante de la nariz de su enemigo, si por acaso este ó el cazador se aproxima á sus hijuelos ocultos bajo la yerba, logrando por medio de un vuelo incierto y trabajoso llamar hacia sí la atencion de sus enemigos y hacerles perder su pista.

Siguiendo un surco un naturalista, cuenta vió salir de entre sus pies una perdiz que aleteaba con trabajo, al parecer herida. Corrió tras ella-fijo en su persecucion, al mismo tiempo que otro camarada suyo descubrió detrás una porcion de polluelos aun desnudos de pluma que huian atropellándose unos á otros y que se precipitaron en un hoyo ó madriguera abandonada. La pobre madre aceptaba el sacrificarse presentándose á la vista, con tal de conseguir la salvacion de sus hijuelos.

Un labrador de nuestras provincias del Mediodia al remover un barbecho, hizo saltar de su nido una perdiz tan cerca de sí, que pensó habria aplastado sus huevos; sin embargo, ninguno sufrió detrimento aunque algunos parecían ya próximos á abrir. Apenas se apartó del sitio volvió la perdiz, no obstante que otro nuevo surco de la renovación de la labor, amenazaba enterrar infaliblemente el nido. El labra-

dor despues de descansar un corto rato volvió á su faena, y al llegar al sitio donde habia tropezado con la perdiz, vió que esta nido y huevos, todo habia desaparecido. Pensó que su prevision la habria hecho trasladar sus reales, y para cerciorarse permaneció en observacion y acabó por descubrirla oculta entre las zarzas de un vallado á cien pasos de su primer asilo, abrigando con sus alas veinte y un huevos que en el espacio de un cuarto de hora habia trasladado sin duda ayudada del macho. De esta viagera nidada se lograron diez y nueve perdigones.

En otra ocasion otro labrador descubrió un nido de perdiz, y en él la hembra cobijando sus huevos. Se acercó á él y pasó muchas veces la mano por cima del ave, que se dejó acariciar sin moverse ni dar muestra de temor, mas cuando trató de llegar á los huevos, sacudió sendos picotazos á sus dedos, desplegando una energia en defensa de su familia de que no hacia uso para sí misma.

Algunas veces la perdiz en esta situacion, se posee de tal modo respecto de su maternal tarea, que hasta se ha dejado coger con el nido en un sombrero, y ha continuado en domesticidad su mision de madre, lo que demuestra que no seria difícil enriquecer nuestros corrales con estas aves cuya carne es tan delicada y sana, y cuyo plumage y forma es tan esbelta y graciosa.

Los animales propenden á la domesticidad en proporcion á las relaciones que pueden establecer sus costumbres y cualidades con las nuestras, adhiriéndose tanto mas, cuanto mejor logremos proveer á sus necesidades. El desarrollo de sus afecciones da ocasion á manifestar inteligencia y á hacerlos susceptibles de educacion. Reflejo de nuestra razon, les somete su instinto á reconocer el imperio de nuestra voluntad. Las perdices desde fin de invierno se unen por pares para no separarse ya; las familias se aumentan á medida que crecen los polluelos, siendo hacia el otoño cuando se ven mas numerosas bandadas de este género de aves. Los diversos ensayos practicados con objeto de domesticarlas, han ofrecido parcialmente excelentes resultados y por lo tanto debian continuarse en grande escala y con perseverancia. A mediados del siglo XVII Turneford vió en Grasa, en casa de un provenzal, bandos de perdices domesticadas; el cardinal Chatillon mantenía en sus granjas de Lisieux, ganados que salían al campo todas las mañanas y regresaban por la noche. En la isla de Chio, mas comunes segun se cuenta que en nuestras comarcas las gallinas, se reunen por la mañana á un silbido del pastor al que siguen á las llanuras y de donde las recoge valiéndose de la misma señal.

En Alemania se practica un sistema de domesticacion incompleto; hacen que las gallinas cobijen á veintenas huevos de perdiz, puestos en los campos y cogidos á grandes distancias de los caserios, porque si los polluelos al hacerse grandes oyese el reclamo de su verdadera madre la reconocieran y volarian á su lado; para evitarlo, por si acaso, les arrancan las dos guías de las alas y despuntan las estremidades de las demas. Sin embargo, todo esto es imperfecto; el medio mas á propósito de conservar y domesticar estos pájaros seria estudiar atenta y constantemente sus instintos, costumbres ó inclinaciones. Seria necesario disponer sus nidos sobre la superficie del suelo á imitacion de como los construyen en medio de los matorrales; que el agua que hubiesen de beber pura y cristalina corriese entre arenas y



guijarros; encontrasen á su antojo la comida que aman, los chaparros y espesuras de retama en que gustan abrigarse; en fin, seria preciso, á fin de conquistarse las generaciones sucesivas de una nueva especie, sorprender los tiernos secretos de la naturaleza y reunir á la inteligencia, la observación y la perseverancia de voluntad que pertenece solo á nuestra raza, la constancia misma de afecto que las madres de los animales muestran á sus hijuelos.

Los perdigones, como todas las gallinaceas, corren al salir del huevo muchas veces hasta con el cascarron adherido, y buscan su alimento en las larvas, hormigas, insectos, gusanos, bayas, cebada verde, y hasta en las candedas y hojas verdes de avellanos y abedules. La madre les guia, les llama y los reúne bajo sus alas acompañada del macho. Este por su parte alivia los cuidados de la hembra y se asocia á sus ardidés para proteger la familia que defiende con valor no obstante su natural tímido, hasta contra las aves de rapiña.

La perdiz roja, que es la que representa nuestro grabado, pertenece á una de las especies mas bellas. La superficie superior de su cuerpo es de color pardo rojizo: el pecho azul ceniza: el blanco de la garganta resalta del fondo oscuro que lo circunscribe y se desvanece hácia el ojo, cuyo brillo aumenta con el contraste: el pico y las patas son encarnadas y el jaspeado regular y trasversal en forma de ondas y de iris negro, blanco y castaño que adornan los costados, hacen que no se les confunda con ningún otro pájaro.

En 1834 introdujeron estas aves, muy comunes en nuestro país, en los parques de Inglaterra, donde la llaman *perdiz de Guernesey* porque las cogieron en esta isla. Después se han propagado mucho porque los pares que han salvado las tapias han ido á aclimatarse por toda la parte meridional de la Gran Bretaña. La perdiz roja aunque más grande que la gris, anida del mismo modo en los bosques y tallares y fabrica su nido sin arte, con yerba y hojas. Ambas ponen el mismo número de huevos, de quince á veinte, solo que en vez de ser verdosos como los huevos de la *perdiz cinerea*, ó de la *perdiz rubra*, son de color blanco mate salpicado de rojo. Frecuenta los países montuosos y prefiere las comarcas meridionales á las regiones frias; no es difícil su domesticación; pero estando menos acostumbrada á sociedad que la gris, cuesta mas trabajo su educación. Sus polluelos exigen cuidados mas minuciosos y multiplicados; la primera muda á la edad de tres meses, época de crisis para todas las variedades, es sobre todo peligrosa hasta para los perdigones grises *tornando en rojas*; entonces, es decir, cuando se pronuncia una mancha rojiza entre el ojo y el oído en la parte desnuda inmediata á la sien, es menester sustentarlos con alimentos fuertes; corazón de vaca picado con hojas de lechuga, huevos duros y miga de pan mojada en vino.

Wilson el ornithologista ha escrito interesantes pormenores acerca de las perdices ó colines de América, *perdiz virginensis*; comienza á anidar como las nuestras á fines de invierno; la hembra guia tambien los polluelos al salir del huevo que rompe al cabo de un mes y los reclama piando del mismo modo que un pollo. «Como todas las gallinaceas, dice, la codorniz y la perdiz producen al volar un gran ruido ocasionado por la concavidad y el movimiento rápido de sus alas cortas comparativamente al peso del cuerpo. La continuidad de su vuelo horizontal las hace objeto seguro para la escopeta del cazador.»

«Wilson cuenta que son empollados con buen éxito sus huevos por gallinas, solo que es menester echarlos á aquellas que sean tranquilas y pacíficas, porque siendo los perdigones de natural mas inquieto que los pollos, suelen perderse si no tienen á su lado una vigilante y cuidadosa criadora; perseverando así en su domesticidad, se consigue familiarizarlos. Dos

perdices criadas de este modo por una gallina y abandonadas por la madre adoptiva cuando fueron grandes, se asociaron á las vacas de la casa, las acompañaban constantemente al campo y regresaban con ellas por la tarde, hasta el día siguiente que las seguían de nuevo á los prados. Así pasaron el invierno en el establo, desapareciendo al comenzar la primavera.

«Las perdices han empollado algunas veces huevos de gallina introducidos en sus nidos, sacando y cuidando estos pollos adoptivos del mismo modo que su progenitura, á pesar de verlos mas crecidos. Los pollitos entienden las mismas notas de atención y llamada de los perdigones, y muestran las mismas alarmas, la misma timidez y asfucias; se ocultan como ellos agachándose entre las matas, así que no seria tampoco difícil por este medio crear otra raza salvaje y enriquecer nuestros bosques con nuevos pájaros de caza.»

¡Y de qué compañía tan agradable, de qué sociedad tan variada ha rodeado Dios al hombre! Nunca está solo; un sinnúmero de seres de todas especies le cercan; compañeros de su destierro terrestre; actores cándidos que no alarman su supremacía, le representan sin cesar algun episodio de la historia de sus necesidades, de sus gustos, de sus pasiones y de su industria; alternativamente provocan ó secundan sus voluntades; siempre subordinados, nunca aduladores, constantemente útiles, importan auxilio y reclaman protección. Indóciles á la domesticidad, pacientes al yugo, ó manosos auxiliares, escitan nuestra admiración por la belleza de formas, armonía de tintas y gracia de movimientos, ó bien se grangean nuestra benevolencia y simpatía con una adhesión sin limite tanto mas atractiva cuanto que el afecto que desarrolla el instinto llega casi hasta la inteligencia.

